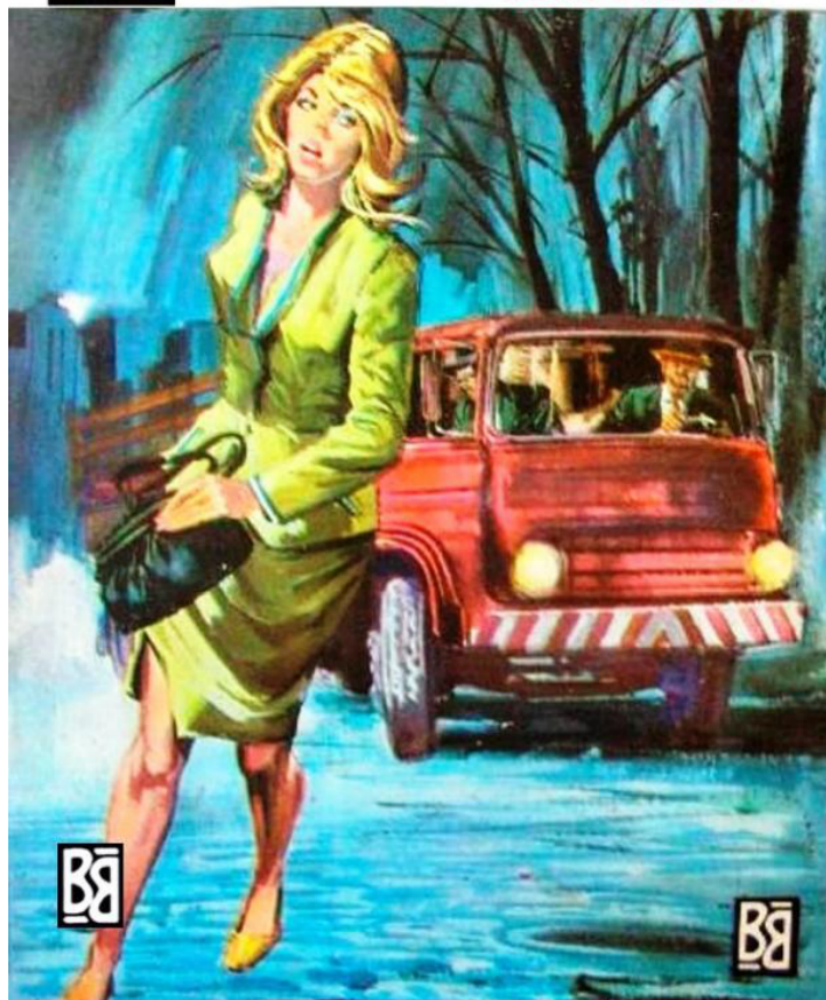


PUNTO
ROJO

la geometría del terror

frank caudett



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

LA GEOMETRIA DEL TERROR

Colección PUNTO ROJO n.º 347

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 35.192 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1968

© FRANK CAUDET - 1968

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1968

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

341. -El rey de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

943. -Necrópolis, S. A.

En Colección CALIFORNIA:

611. -Sed.

En Colección KANSAS:

528. -«Colt».

En Colección BÚFALO:

788. -«Impasible».

En Colección COLORADO:

566. -El *gun-man* que nunca mató.

En Colección BISONTE:

1.056. -Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389. -Vamos... ¡Dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

637. -Memorándum para un *sheriff*.

En Colección ENVIADO SECRETO:

53. -¡Sonia!

A Silver Kane, ilustre colega, que me sugirió la idea.

F. C.

INTRODUCCIÓN

Soy yo, Curtis Talbot, quien les habla.

Protagonista casual de esta historia.

De profesión: investigaciones privadas.

Con oficina abierta al público en el número 728 de Miller Drive,
Miami, D. C.

He dicho, y quiero decir: OFICINA.

Porque hay gente que por la oficina de un detective entiende un cuartucho de paredes peladas, con mesa, dos sillas, un perchero y un tipo sentado detrás de la mesa que no tiene tres centavos en el bolsillo y está esperando la llegada de un cliente como los hebreos esperaban el maná.

Esto no va conmigo.

En mi oficina hay veinte individuos trabajando para mí; tengo dos secretarias a cual más estupenda: Nora y Agnes; tengo seis despampanantes automóviles, de los que no sabría decir cuál es el más estridente.

¡Ah!... Y dos cuentas bancarias que arrojan cada una un saldo en millones de dólares que hacen coger frío.

¿Qué cómo?

Sencillo.

El viejo, mi padre, fue un tipo muy ambicioso. Un día se le metió en la cabezota, que si se iba a Texas encontraría un pedazo de tierra sin perforar en donde hubiese petróleo.

Y el muy cabezota lo encontró. Pero no un pedazo, sino varios.

Años después se largó al otro «barrio», y como yo soy, era, su hijo único, me legó toda la millonada.

Pero yo tenía mis aficiones detectivescas.

Así que dejé lo del petróleo en manos de la compañía fundada por el viejo y decidí seguir husmeando por ahí, no por ello sin dejar de preocuparme que lo del petróleo «pirata» y de que ningún vivo

de la compañía se embolsara de estraperlo más de lo que me parecía justo.

Porque yo soy de los que viven y dejan vivir.

Pero bueno, estoy divagando.

Vayamos al asunto... al asunto en que me metí hasta las orejas, sin tener que haberlo hecho, por la circunstancia de tener una amiguita íntima llamada Cynthia Hobson.

Cynthia, una chica con aspiraciones.

Con ganas de triunfar en el séptimo arte.

Cynthia, una chica que tuvo que conformarse durante mucho tiempo siendo una más de las llamadas *starlet*.

Pero vivía su vida, y yo con ella, o sea, que vivíamos nuestra vida. Un día y una noche en el apartamento de cada uno.

¡Nos lo pasábamos en grande!

Y que nadie vaya a suponerse que Cynthia estaba conmigo por la pasta, porque eso sería suponer erróneamente. Ella estaba conmigo, me lo había dicho varias veces, porque me quería por mis varoniles atractivos físicos.

Yo, Curtis Talbot, mido uno noventa de estatura, peso noventa y dos kilos (como podrán comprobar, peso y estatura equilibrados), tengo las facciones correctas y no me importa que algunas mujeres digan que soy un hombre guapo; sí, guapo. Afortunadamente, vivimos en un país donde los prejuicios tienen idéntica finalidad que los rollos de papel fino; eso de que los hombres no pueden ser guapos porque hace pensar mal, y aquello de que «el hombre y el oso...», es consuelo de tipos con cara de aberración y es una idiotez muy propia de mente ochocentista. Decía, pues, que algunas mujeres me tildan de guapo y no van del todo erradas. ¿Estábamos? ¡Ah, sí, con mi descripción! Facciones correctas, cabello negro ondulado, y contra éste, el contraste vivísimo de unos ojos muy azules. Labios sensuales.

Bien, como se podrá juzgar, entre mi planta, mi profesión y la millonada que me dejó el viejo, soy el ideal de más de doscientas jovencitas y quinientas ya no tan jovencitas, de esta populosa capital que es Miami.

Pero volvemos a divagar.

Y siendo yo un tipo al que no le gusta perder el tiempo y al que le complace ir directo al «grano», voy a hacerles una pequeña

sinopsis, a manera de prólogo, de cómo me metí en aquel asunto hasta las orejas.

Por causa de Cynthia, desde luego.

PRÓLOGO

Oscar Allden era un imbécil.

Oscar Allden era un desgraciado.

Oscar Allden era un muerto de hambre.

¿Qué más cosas podían decirse, malas, de Oscar Allden?

Y el muy estúpido pretendía ganarse tres platos de habichuelas al día escribiendo novelas baratas.

¡BURRO!

Debió de elegir las baratas, porque juzgó que era un mundillo literario en el que resultaría fácil introducirse.

¡Ja! ¡Y un cuerno! Y si no, que se lo pregunten a Frank Caudett.

Pero el desgraciado, imbécil, muerto de hambre de Allden, no pensó, sin duda, que hasta para escribir novelas baratas hacía falta calidad o clase, llámenle como quieran; «garra», impacto, muchas ganas de darle a la máquina, y, sobre todo, una suerte sonriente muy de cara.

Oscar Allden, en honor a la verdad, la tuvo siempre de salva sea la parte (entiéndase de espaldas).

Y a los asesores literarios de las editoriales, los tuvo predispuestos a hacerle la pu... erca jugada de devolverle tantos originales como enviaba.

¡Que le habían echado el ojo, vamos!

En una ocasión, Allden llegó a mandar tres originales y le devolvieron cuatro.

Uno que no era suyo.

¡El colmo de la mala suerte!

Aquel día y aquella noche, Oscar Allden lloró de rabia. Después, para mejor desahogarse, dijo que los editores y los asesores literarios eran unos hijos de perra... y dijo otras cosas más que no son transcribibles.

Pero a la mañana siguiente, empezó otra novela.

Que, como era precepto, se la metieron por «sombrero».

Escribió otra.

Al menos, no podía negársele la virtud de la perseverancia.

Ni tampoco que escribiendo, aun literatura barata, era malo de solemnidad.

Lo cual viene a demostrar que no es que los asesores le tuvieran manía y ojeriza como él pensaba, sino que los originales firmados por Allden no se los «tragaban» ni los cocodrilos, con esa boca tan grande que tienen.

Para Oscar, la cosa se puso fea.

Precaria.

Llegó un momento en que el escritor fracasado tuvo que «pulirse» la máquina de escribir de su propiedad para pagarle a la patrona del fonducho en que vivía; y alquiló una de más vieja que el «tato», con la que las letras salían cada una a la altura que les daba la gana.

Pero al menos, podía seguir escribiendo... ¡que ya era algo!

El panorama de su vida, de todas formas, cada vez, cada minuto, era de un oscuro tirando a negro tinieblas.

Pensó que lo mejor sería pegarse un tiro.

Hacía falta una pistola y no tenía «pasta» para comprarla.

¡Vaya! Eso le hizo gracia y lo puso en la próxima novela: Uno que quería suicidarse y no tenía un penique para comprarse un revólver.

También se la devolvieron.

Oscar Allden tomó una decisión. Mejor dicho, se la hizo tomar la ineludible necesidad de seguir comiendo.

Al día siguiente se leería la columna de demandas de todos los periódicos de la ciudad en busca de un empleo, aunque fuese de limpiabotas.

Eso hizo, comprar todos los periódicos.

Y en la columna del *The New York Times* se llevó un sorpresón de tres pares de narices, al leer:

«Barry

Moore & Co.

Associate Productions, productora cinematográfica de gran porvenir, necesita de futuras actrices y actores,

“extras”; especialistas en trucos para doblar principales actores en escenas de peligro, y guionistas especializados en argumentos de terror. Dirigirse a: Número 1245 N. W. 42nd Avenue, Miami, D. C».

Oscar Allden pegó un brinco.

¡Argumentos de terror!

Lo suyo.

Hizo uno.

Se titulaba La Geometría del Terror.

Y se lo mandó a la Barry

Moore & Co.

Associate Productions, de Miami.

A esperar tocaban.

Y tocó más de un mes, más de dos...

Después de tanto tiempo, descorazonado y desilusionado, se dijo, como si hiciera un gran descubrimiento: «Oscar, tampoco has tenido suerte como guionista de cine».

Y Oscar Allden, aquella noche, cuando se metió en el cuartucho de peladas paredes que ocupaba en una destartallada fonda del Chinatown neoyorquino, se dijo, además de lo que se había dicho antes, que en la mañana volvería a leerse de cabo a rabo las columnas de demandas.

¡Al diablo las novelas, los guiones, los editores, los asesores!...

¡A la... eso que ensucia pringosamente!

Se dejó caer encima de la cama... ¿cama? del carcomido catre que cualquier día se desharía en pedazos porque crujía como un millón de brujas en el infierno, cuando golpearon la puerta, haciéndole saltar de nuevo al suelo.

—¿Quién es? —inquirió, desabrido.

—Lo llaman al teléfono —contestó una voz cascada y aguardentosa de mujer—. Han dicho que es larga distancia.

Oscar abrió la puerta.

—¿Larga distancia? ¿Para mí? ¿Está segura?

La vieja desgredada, sucia, llena de mugre, pestilencia y atiborrada de vino, coñac y demás productos etílicos hasta la raíz de los cabellos, que regentaba aquel asqueroso fonducho, no de mala, sino de peor muerte, exclamó:

—¡Claro que es para usted, narices! ¿Acaso se cree que estoy borracha y no entiendo lo que me dicen?

Precisamente cuando no entendía era cuando estaba sobria.

Oscar corrió pasillo abajo hacia el lugar en donde estaba el teléfono de pared con el auricular colgante.

Lo llevó al oído.

—¿Dígame? Soy Oscar Allden. ¿Qué quiere? ¿Quién es?

—¿El señor Oscar Allden? —insistió, pese a que el otro se había identificado, una voz lejana y apagada desde la punta opuesta del hilo telefónico.

—¡Sí, diantres! ¡Soy Oscar Allden!

—Tranquílese, señor Allden. Le habla Francesco Sanzio, coproductor de la Barry Moore & Co.

Associate Productions, para decirle que su guion *La Geometría del Terror* ha sido seleccionado y aprobado para su filmación.

Oscar tocó con la cabeza en el techo.

—¡Quéeee!

—Necesitamos que usted se encuentre en Miami pasado mañana.

—¿Yo? —Estaba, pasada la inicial sorpresa, atónito, estupefacto—. ¿Miami? Esto... pero yo... —tartajeó, presa ahora de un nerviosismo casi histérico—, el viaje, no tengo...

—Le remitimos esta misma noche mil dólares...

—¡Mil dólares!

—... a lista de telégrafos de Nueva York. Es un anticipo para que pueda realizar cómodamente el viaje. Tome el primer vuelo de TWA que salga hacia Miami en cuanto haya cobrado el giro, ¿entendido?

—Sí...

—Lo esperamos en nuestras oficinas del 1245 N. W. 42nd Avenue.

—Sí... sí...

¡Clic!

Cortaron la comunicación desde el otro extremo del cable.

Oscar se quedó irnos segundos mirando el auricular.

Y de súbito, lo empotró con tal fuerza en la horquilla, que por poco si arranca el teléfono de cuajo.

Corrió hacia su cuartucho, gritando:

—¡Han aprobado mi guion! ¡Voy a ser famosoooo! ¡Mil dólares!

¡Famosooo! ¡Yuuuuupi! ¡Me voy a Miami!

La vieja mugrienta de su patrona, pegándole un «meneo» más que regular a la botella de vino negro que alternaba con la de coñac, ambas encima de la mesa, farfulló:

—¡Ya digo yo que estos tipos acaban medio locos! ¡Siempre escribiendo sandeces y morbosidades! ¡Qué asco de tíos! ¡Puaf!

Ahora, el «meneo» se lo pegó a la de coñac.

Y soltó un eructo que hubiese hecho morir de envidia al más veterano de los carreteros.

Estaba como un tren.

Vulgar, sí, pero no encuentro nada que se ajuste mejor a la realidad.

Como el expreso Miami-Baltimore cuando circulaba a 200 kilómetros por hora.

¡De tres pares y medio de narices!

Anda, más vulgar todavía.

Bueno, al asunto: Cynthia Hobson estaba, insisto, como un tren; estaba, insisto, de tres pares y medio de narices.

Para las pruebas le habían hecho poner un bikini... así, así, así de pequeñito.

Arlequinado.

Un saliente escarlata, otro saliente amarillo.

Debajo, mitad y mitad.

¡Cómo estaba, mi madre!

—A ver, adelante la pierna derecha, señorita Hobson. Eso hizo.

Y a Barry Moore, el rechoncho, puerco, morcilludo y asqueroso productor, por poco se le cae la baba.

A Erle Fraley, novel director, le temblaron las suyas... de piernas.

A Oscar Allden, guionista, se le encogió el ombligo.

El más sereno, el que tenía forzosamente que estarlo, era el primer actor, Everett Manni. Alto y apuesto, fanfarrón él, y según decían, las tenía como moscas; muy versado, eso sí, en tratados de «mujerología». Por eso, a él, aunque en el fondo lo pusiera negro, aparentemente no le impresionaba lo más mínimo la mujer del bikini pequeñito.

—A ver, extiende el brazo izquierdo, señorita Hobson. También lo hizo.

Parecía una estatua.

Pero no de mármol. Ésas no pueden tocarse y están muy frías.

Cynthia era una estatua de carne y hueso.

Una magistral escultura de carne. Bronceada y brillante. Con la rubia y esponjosa melena de una legendaria valquiria. Cimbreada. Cadenciosa. Cualquier movimiento ponía en relieve la exhaustiva sensualidad de sus bien formados y abundantes encantos. El cabello, peinado a la exigencia más rigurosa de la moda, daba a su silueta una mayor altura de la que en realidad poseía. No obstante, Cynthia era muy alta y de contorno estilizado. Pero la estatura no redundaba en menoscabo de su belleza ni del curvilíneo trazado de su cuerpo, como en la mayoría de las ocasiones suele suceder a las mujeres excesivamente altas. Ella era, sí, un prodigio de geometría... un prodigio de lo más adecuado para filmar *La Geometría del Terror*. Un verdadero, genuino y auténtico prodigio geométrico. Empezando por el cuello de cisne. La cintura, en verdad, resultaba inverosímil, increíble, imposible, de tan súper-estrechísima, dada la plenitud de sus carnes bronceadas; y al ser la cintura tan estrecha, se ponían más de manifiesto sus senos enhiestos y erguidos, desafiantes; y al ser tan inverosímil la cintura, destacaban mucho más sus caderas rotundas, redondeadas, fabulosas y sugestivamente rotativas.

Hasta los pies, de menudos dedos, eran el sùmmum de la perfección.

—Trate de sonreír, señorita Hobson.

Sonrió.

Y a todo el personal masculino se le erizaron los cabellos.

Sonrió, sí.

Dilatando la luminosa brillantez de sus pupilas, de tonalidad almendrada. Entreabriendo la mórbida sensualidad de sus labios carnosos, gordezuelos, húmedos y sensuales.

—¿Preparada?

—Sí.

Empezó a filmarse la secuencia.

La luz de varias cámaras seguía, sin dejarla un solo instante, la silueta de la maravillosa mujer.

Erle Fraley, el director; Oscar Allden, el muerto de hambre, imbécil convertido en guionista de cine de la noche a la mañana;

Barry Moore, el productor; Everett Manni, el estelar masculino; Giusto Giocchino, co-*starring*; Francesco Sanzio, coproductor asociado; los *cameramen* y «extras», todos sin excepción, estaban prendados en la hermosura y sexualidad que dimanaba del cuerpo de Cynthia.

Se acabó el rodaje de aquella secuencia con:

—¡Basta! ¡Corten! ¡Corten!

Y alguien dijo:

—¡Has estado magnífica, Cynthia!

Otro agregó:

—¡Colosal, muñeca!

Un tercero:

—¡Verdaderamente maravillosa!

Y el barrigudo productor, Barry Moore, reclamando la general atención, anunció:

—Pasado mañana salimos para El Cairo a efecto de filmar todos los exteriores. Disponen de un día y medio para preparar sus equipajes.

Los estudios provisionales de la Barry Moore & Co.

Associate Productions, de Miami, quedaron desiertos en un santiamén.

CAPÍTULO 1

Otra vez yo, Curtis Talbot, al aparato.

Hablándoles.

Para decirles simplemente, como ya he advertido en un principio, que el prólogo que acaban de escuchar es; fue, el génesis de aquel asunto en el que me vi metido, o me metí, mejor dicho, hasta las orejas.

Creo haber advertido también que me metí en él por causa de Cynthia.

No... no exactamente porque estuviese loco de amor por ella, no.

Aunque reconozco a pies juntillas que la chica me gustaba, que llevábamos mucho tiempo juntos, que quizá había roce y cariño... ¡pero de eso a amor o algo que tuviese sinónimo matrimonial, ni hablar!

Además, ella y yo, de común acuerdo, habíamos convenido en que como matrimonio no hubiésemos sido una pareja ideal, ejemplar, feliz.

Resumiendo: Que no habíamos nacido el uno para el otro.

Lo que no era óbice para que pasásemos temporadas y muy buenos ratos el uno con el otro.

Sólo ratos y temporadas.

Eso, nunca compromete a nadie.

Bueno, y si en realidad no la amaba, si sólo estaba con ella para entretenerme, etc., se preguntarán ustedes por qué me metí en el asunto precisamente por ella, por Cynthia.

Voy a responder: Por salvarle la vida.

Que lo de salvarle la vida a una mujer hermosa no tiene que ver nada con si se está o no enamorado... ¡diablos!

Y basta ya.

Volvamos al principio, retrocedamos a aquella tarde en que

estando los dos...

Estábamos en el apartamento de Cynthia. Aquella tarde tocaba el suyo. Que era muy coquetón y femeninamente decorado y adornadito.

Estábamos sentados en el sofá.

Tan juntitos, que no tuve más que torcer la cabeza y besarla en la boca.

Ella me retuvo por la nuca para prolongar la caricia.

Al separarnos, ninguno de los dos tenía aire en los pulmones. Jadeábamos.

—¡Oh!...

Yo, sonriéndole burlón, repetí:

—¡Oh!... ¿qué?

Me volvió a besar porque ya había llenado de aire sus pulmones. Y en su caja torácica cabía mucho aire porque casi me asfixió.

—Querido... —dijo, tras el ósculo—, ¿por qué no preparas unos martinis bien secos?

—O. K. —accedí, levantándome del sofá en dónde estábamos tan juntitos.

Me fui de cara al mueble bar.

Cogí un par de vasos, dejándolos sobre una de las repisas de cristal.

Luego, dos botellas. Cinzano *Dry*, Gilbey's *Gin*, y por último, unas gotas de marrasquino y la aceituna correspondiente.

Ella, entretanto, como hacía siempre, había ido a cambiarse.

Adiviné la indumentaria.

Aquella tarde tocaba el *deshabillé* color frambuesa. Cristalino como los vasos que yo tenía en la mano. Diáfano como su contenido. Corto... no, los martinis más bien eran largos; pero el *deshabillé* color frambuesa, diáfano y cristalino, sería corto. Apenas si cubriría por entero sus muslos bronceados.

Regresó.

Okay, había adivinado.

Dejóse caer en el sofá.

Yo me acerqué con los vasos, le tendí uno, y cuando iba a cogerlo con su mano de largos y manicurados dedos lo retiré con presteza, al tiempo que me inclinaba, ahuecando los labios, y le

decía:

—Primero, un besito a tío Curtis.

—¡Goloso!...

Entonces le di su martini.

Bebimos a pequeños sorbos, en silencio.

Cynthia, dejando el vaso sobre la mesita revistero, tomó un periódico que había en el soporte inferior de aquélla.

Inquirió:

—¿Has leído esto, cariño?

Negué con la cabeza mientras echaba el último trago.

—No. ¿De qué se trata?

Me tendió el periódico, señalando un recuadro en negro.

—Toma, léelo.

Dejé el vaso. Leí:

«Barry

Moore & Co.

Associate Productions, productora cinematográfica de gran porvenir, necesita futuras actrices y actores, “extras”, especialistas en trucos para doblar principales actores en...»

No lo terminé de leer porque ya imaginé el porqué me lo había mostrado.

Echando el periódico bajo la mesa, pregunté:

—¿Piensas presentarte?

—¡Ajá!

—De ti, no lo haría, Cynthia.

—¿Por...?

—Tienes mala suerte. No digo que te falten condiciones, pero... lo has intentado varias veces y has fracasado. ¿Quieres llevarte una nueva decepción?

—¡Oh, querido, que agorero! —Se me acercó como una gatita en celo, runruneando. Preguntando—: ¿Es que no te das cuenta de que esta vez es distinto?

Arqueé las cejas con genuina sorpresa.

—¿Distinto? ¿Por qué...?

Un besito fugaz en la comisura de mis labios.

¡Qué chiquilla aquélla!

—Porque la Barry
Moore & Co.

Associate Productions —me respondió—, es una productora nueva. No te digo que contraten a alguna figura ya consagrada, pero en general, estoy segura de que preferirán noveles con ansias de triunfar.

—Si tú lo crees...

—Fervientemente, Curtis. Mañana me presentaré para la prueba. No dije nada. Me puse en pie y preparé otros dos martinis.

Luego, cuando tuvimos uno en cada mano, estrellé mi vaso contra el de ella y brindé:

—Por tus futuros éxitos, querida. ¡Cin... cin...!

—Gracias. ¡Cin... cin...!

Hasta el día siguiente.

Que estábamos en mi apartamento.

Cynthia entró en el *living alborozada, loca de contenta, echándoseme a los brazos y besándome*.

Luego, apartando las manos de mi nuca, chilló como una ratita juguetona:

—¡Me han aceptado, Curtis! ¡Me han aceptado!

—Eso merece el primer brindis de la tarde —dije yo.

En mi casa, en lugar de martinis preparaba *daiquiris*. Bebimos.

Luego, Cynthia se quitó el liviano abrigo de entretiempo, bajo el cual llevaba un vestido rosa pálido.

—Bien, futura estrella, cuéntame cómo ha ido.

Lo hizo en líneas generales.

—Les he causado buena impresión, y me han hecho un par de pruebas. Durante quince días, debo efectuar el resto de ellas para que decidan si me aceptan definitivamente.

—Volvamos a brindar porque tengas suerte.

Eso hicimos.

Y aún brindamos por tercera vez.

El *daiquiri* tercero se nos subió a la cabeza como un demonio.

Quince días más tarde, en el apartamento de Cynthia, la oí exclamar en cuanto traspuse la puerta:

—¡Curtis! ¡Voy a filmar una película! ¡Por fin, Curtis! ¡Y de principal, de *première* femenina, junto al popular Everett Manni! ¿Qué me dices a esto?

No dije nada.

La tomé por la cintura con ambas manos, alzándola, y así, con ella en volandas, fui dando vueltas hasta que caímos en el sofá.

Luego, los martinis de ritual.

—¿Cuándo empiezas el rodaje, Cynthia?

—Las dos primeras secuencias, dentro de un mes, aproximadamente.

—¿Cómo se titulará la cinta?

—La Geometría del Terror.

—¡Oh, qué miedo!... —Hice un fingido gesto de pánico.

—¡Bah, Curtis! No está bien que te burles. Está confeccionado por un novel, un tal Oscar Allden, que, en un caso muy parecido al mío, no había hecho otra cosa que almacenar fracasos como novelista. El director también se «estrena». Un tal Erle Fraley.

Alcé mi martini.

—¡*Santé!* ¡Por el triunfo y gloria de todos los debutantes!

Brindamos.

Un mes después, como ya les he explicado a ustedes en el prólogo, Cynthia Hobson, bikini arlequinado en ristre, filmó las dos primeras secuencias.

Aquella tarde tocaba en mi apartamento.

Preparé los *daiquiris* de rigor mientras miraba de soslayo a Cynthia, un tanto extrañado por su rictus serio, triste diríase.

—¿Qué te ocurre, muñeca?

Se mordió el labio inferior.

Después, paladeó la bebida pausadamente.

Y en un arrebato, dejando el vaso encima de la mesita ratona, exclamó:

—¡No sé ni cómo decírtelo!

Tragué a modo, preguntando después:

—¿Decirme... el qué?

Pude observar que unas tímidas lágrimas asomaban a sus ojos de bello color almendrado.

—¡Que pasado mañana salgo rumbo a Egipto! —Y con tal exclamación se refugió entre mis brazos, estallando en llanto.

Acaricié sus cabellos.

Los besé.

—Bueno, bueno, pequeña —susurré junto a su orejita derecha—. No creo que ése sea un motivo adecuado para llorar como una colegiala. Imagino que vas a rodar algunos exteriores o algo por el estilo, ¿no?

—Sí... ¡hip! Sí... ¡hip!

Busqué su boca para terminar con los hipidos y el llanto.

Un triunfo a mi favor, porque lo conseguí.

Luego hice que se terminase el *daiquiri*.

—¿A qué parte de Egipto?

—Primero, a El Cairo. Luego, me parece que a un par o tres de ciudades más.

Yo, como si hasta entonces no se me hubiera ocurrido, dije, de súbito:

—¡Oye, cariño!... ¿Sabes que no me has explicado nada de esa película? ¿Por qué no me haces una pequeña síntesis de... cómo se llama, ¡ah, sí! *La Geometría del Terror*?

Me sonrió, agradecida.

—¿No crees que te aburrirá, Curtis?

—En absoluto. Nunca me aburre nada de lo que pueda contarme una mujer hermosa.

—Cruzó las piernas y se acurrucó contra mí, apoyando su cabecita en mis hombros.

—Bueno... —empezó, un tanto dubitativa—, en realidad, debo confesarte que se trata de un argumento bastante sencillo; manido, me atrevería a decir.

—¿Ya me estás echando por los suelos al pobre guionista novel? —ironicé, besándola en la frente.

—¡No, no, no he querido decir eso!

Bebí un trago de mi *daiquiri*.

—Adelante, pues, con el argumento. Te escucho.

Como si se hubiese quedado dormida contra mi hombro, susurró, con voz tibia:

—Se trata de cinco arqueólogos, entre ellos una mujer, papel que represento yo, que coinciden en el mismo círculo de estudios. Hacen una gran amistad, proponen proyectos profesionales, y un buen día llegan al acuerdo de unir sus patrimonios para realizar un viaje a Egipto. A todos les apasiona la rama egiptológica de la arqueología, por lo cual, aprueban el proyecto por unanimidad y,

sin pensarlo, hacen sus equipajes, partiendo rumbo a Egipto.

»Una vez allí, recorren todos aquellos lugares en donde sus predecesores han efectuado excavaciones en busca de esos objetos que tanto valor tienen para ellos y tan poco para los profanos en la materia.

»Por una auténtica casualidad, ya que ello no entraba en sus cálculos y propósitos, se encuentran ante la abierta tumba de Tutankhamen, abierta desde el 26 de noviembre de 1922 por los egiptólogos ingleses Howard Carter, lord Carnarvon y su hija *lady Evelyn Herbert*.

»Ellos saben perfectamente que en el interior de aquella tumba, que permaneció lacrada y sellada durante tres mil doscientos sesenta y seis años, no queda nada. Saben que la enorme riqueza hallada en la cámara funeraria del faraón, su enigma y su secreto, pertenecen ya al dominio público, a un museo de Francia, y, sin embargo, uno de ellos, guiado por un instinto o presentimiento, coacciona con buenos razonamientos a los demás para que le acompañen al interior del sepulcro del hijo de Amenophis III. Vacilan, dudan, pero al fin, todos, menos la mujer, deciden entrar».

—¿Otro *daiquiri*? —La interrumpí—. Debes tener la garganta seca.

—Sí... —repuso, desperezándose con languidez—, me apetece. Se lo prepararé.

Bebió con avidez.

—Gracias, querido.

Yo, arrellanándome a su lado, la insté:

—Anda, sigue, que esto empieza a intrigarme, pequeña.

—¿Lo dices en serio? —Arqueó sus depiladas cejas y abrió todo el fulgor de sus ojos almendrados.

Alcé con cierta sorna la palma de la diestra.

—Por mi honor —fingí solemnidad.

Tras un lapso de silencio que empleamos en darnos tres fugaces besitos, ella siguió:

—Una vez en el interior de la cámara funeraria de Tutankhamen, uno de ellos tropieza, yendo a chocar contra un pedazo de muro, el cual, como por arte de birlibirloque, hace girar sobre un eje invisible una pequeña pirámide de las muchas que forman el muro. Y la sorpresa de todos no reconoce límites, al

encontrar en el hueco dejado por la pirámide al desplazarse dos cofres llenos de esmeraldas, piedras preciosas, estatuillas de oro, anillos, brazaletes y toda clase de joyas. Sin dudarlo, sin preguntarse, de mutuo acuerdo en silencio sacan aquel tesoro fuera de la tumba del faraón, comunicándole lo sucedido a su compañera, que ha preferido esperarles fuera. Deciden repartirlo entre todos, pero ella, la mujer, un tanto supersticiosa, recordando que lord Carnarvon murió en 1923 en extrañas circunstancias, versión médica por la picadura de un mosquito y versión popular por la maldición del yacente en el sepulcro profanado tres mil años después de su muerte... por toda esa serie de cosas, la mujer decide no admitir su parte en lo que considera una especie de botín de guerra, una rapiña impropia de verdaderos amantes de la arqueología egiptológica.

»Lo sucedido no es óbice para que sigan los cinco juntos recorriendo Egipto.

»Al cabo de varios meses llegan a Karnak, en donde visitan y exploran la tumba de Amenophis IV, hermano de Tutankhamen. Y es allí, en Karnak precisamente, donde, como por un deseo del veleidoso destino, los cuatro hombres conocen a cuatro mujeres egipcias de belleza deslumbrante que llevan por nombre el de cuatro dioses de la mitología egipcia; ellos, como hechizados, hipnotizados o embrujados por la belleza de las egipcias, deciden, sin pensarlo y sin dilación, contraer matrimonio con ellas. Amenti, Hathor, Neftis y Mut acceden a ser sus esposas.

Cynthia, sonriente, me miró, haciendo un alto en su relato.

Terminó con el licor que aún quedaba en su vaso, prosiguiendo:

—A partir de ese momento, termina y se deshace la expedición arqueológica con tanto afán emprendida. Todos, incluso la mujer, que no ha querido ser partícipe en el extraordinario tesoro casualmente hallado en la cámara funerario del faraón Tutankhamen, regresan a Estados Unidos, estableciéndose cada uno en un lugar distinto de la nación donde se disponen a vivir como millonarios con la parte que les ha correspondido en el botín y la hermosa mujer que se han traído de Egipto.

»Entonces, al cabo de unos meses de su regreso, empiezan a sucederles a cada uno de ellos cosas extrañas. Visiones, ruidos, pesadillas, sueños atormentados, etc. Pero lo verdaderamente

alarmante es la nota que los cuatro reciben el mismo día en sus distantes puntos de residencia.

Volvió a interrumpirse para preguntarme, ladeando la cabeza:

—¿Tienes un pedazo de papel y un bolígrafo o lápiz?

Sonreí, interrogando por respuesta:

—¿Qué es lo que yo no tengo para ti, Cynthia?

—Un pensamiento de casarte —me respondió, mordaz.

A lo que observé:

—¿Has olvidado que un día convinimos, de común acuerdo, que nunca podríamos llegar a ser el matrimonio ideal?

—A veces... —susurró—, he recapacitado sobre ello y...

Salí de la estancia para no oír el final.

Regresé con un bloc y un bolígrafo.

—Toma.

—Ésta es la nota que reciben los cuatro arqueólogos... —dijo, mientras garabateaba un recuadro y en su interior unas letras.

Así:

¿CUAL ES EL VOLUMEN DE UNA PIRÁMIDE...?:

Tercio del área de la base x altura

3

¿CUAL ES EL VOLUMEN DE LA MUERTE...?:

La aguda cúspide de tres pirámides metálicas

Tu tórax

Me mostró el dibujo cuando lo hubo terminado, y yo lo observé con un rictus de asombro e incomprensión.

Dije:

—Creo que mi inteligencia está muy por debajo de la del guionista. ¿Quieres explicármelo con más claridad?

Me miró, sonriendo con un poquitín de suficiencia, por lo cual se ganó un beso de aúpa que no le permitió contestar hasta dos minutos y medio después.

Más que respuesta, fue el siguiente interrogante:

—¿Tan mal estás de geometría?

—¿Mal? ¡Desastroso! Recuerdo que el «profe» no consiguió

jamás que aprendiera los lados que tiene un triángulo. Sin embargo, me aprendí de carretilla el teorema de Pitágoras. Pero nos desviamos de la cuestión... Aclara eso —y señalé con un golpe de cabeza lo que había escrito dentro del recuadro.

Cynthia, acercándose más, lo que ya era casi introducirse en mí, volvió a preguntar:

—¿Qué significa la raya que separa los dos términos de una fórmula geométrica, ya sea área o volumen?

—¡Toma! —exclamé—. Pues significa: «partido por».

—Exacto, Einstein —se me burló de nuevo aquella preciosidad de ojos almendrados, a la que yo le permitía todas las burlas del mundo... menos cuando se corría un tupido velo. Y agregó, instantes después, señalando el recuadro con la punta del bolígrafo —: Arriba tienes el volumen geométrico de la pirámide correctamente redactado. Abajo... tienes una sentencia de muerte redactada geoméricamente; o sea: «La aguda cúspide de tres pirámides metálicas partiendo tu tórax». ¿Entiendes ahora?

—O. K. Y entiendo también que de ahí viene el título de *La Geometría del Terror*.

—Correcto.

—Bien, ¿qué ocurre luego? ¿Qué sucede cuando los cuatro arqueólogos han recibido esas misivas geoméricamente amenazadoras de muerte?

—Pues sucede que «alguien» deposita sobre la mesilla de noche de cada uno de ellos tres pirámides metálicas de agudísima y afilada cúspide... «y son los mismos arqueólogos quienes, en una de las horribles pesadillas y alucinaciones que sufren por las noches, aterrados, terminan por clavarse las pirámides en el tórax, poniendo fin a tan terribles sufrimientos». Con ello, el autor quiere significar, o es su intención significarlo así, que mueren víctimas de su propia conciencia, que con las acusaciones, de cada noche termina impulsándolos al suicidio. Emplea como *leit motiv* las pirámides por el hecho de que el tesoro que se repartieron entre los cuatro fue hallado gracias a que uno de ellos, casualmente, tropezó contra el muro de la cámara funeraria del faraón, haciendo girar la pirámide que descubría el hueco donde se hallaba oculta la fortuna.

—Acepto la filosofía que el tal Allden... se llama así, ¿no? —Vi que asentía y continué—: Digo que acepto ese final con ribetes de

justicia filosófica del más allá, pero observo que falla por su misma base, por la del suicidio... «pretendido suicidio porque existe “alguien” que ha puesto las pirámides para que sobrevenga ese suicidio». ¿Quién es en realidad ese alguien?

Cynthia me miró con sorpresa. Quizá le extrañaba que un pesquiza no diese muestras de sus dotes deductivas. Luego, su mirada se transformó en una de arrobó, de cariño, de apasionamiento.

Me preguntó, por respuesta, con acento cálido:

—¿No lo intuyes, detective?

—Soy muy torpe cuando no estoy de servicio, nena. Y tengo un montón de empleados en mi agencia para evitarme el intuir y el estar de servicio. Así que desvéleme el misterio.

Cynthia volvió a sonreírme.

Y me puso tan nervioso que se ganó un beso con tratamiento de excelencia.

—¡Oh...! —jadeó. Y tras los segundos que necesitó para acompañar la respiración, volviendo al desenlace de la película cuyos exteriores tenía que partir a filmar en Egipto dos días después, dijo—: Ese «alguien» son... Amenti[1], Hathor[2], Neftis[3] y Mut[4], las esposas de los arqueólogos, cuyos nombres corresponden al de cuatro diosas, y de ellas es Amenti quien prepara... ese filosófico suicidio, simbolizando la justicia de los dioses o su irritación, por el hecho de que los cuatro extranjeros profanaron la tumba del faraón más joven de Egipto, de Tutankhamen, hijo de Amenophis III.

—¡Vaya disertación, prenda! —exclamé yo, jocosamente—. Se nota que te has leído el guion de punta a rabo. ¡Si estás convertida en una arqueóloga de verdad versada en la ciencia de la Egiptología, que fundó... a ver, a ver, sí... que fundó Champollion!

—Pues tú tampoco estás manco, ¿eh? —replicó ella, con igual ironía.

—Pero a mí no me ha hecho «empollar» el guion de ese rollazo que se titula *La Geometría del Terror*, un literato de tres al cuarto, fracasado, que no sé por qué me da en la nariz que sorbe el viento a toneladas por tu osamenta... y por el mucho relleno que tiene tu osamenta. De lo contrario, ¿cómo te sabrías el guion tan bien, tan de memoria, siendo principiante? ¿Cuántas horas se ha pasado

leyéndotelo?

Cynthia Hobson estalló en sonoras y argentinas carcajadas.

Se burlaba, sí, de mí, del que muchas consideraban guapo, del heredero de la millonada que dejó el cabezota de mi padre al morir, del de los seis coches... ¡Se reía a mandíbula batiente!

Eso no me importaba.

Pero me fastidió un rato largo su siguiente exclamación:

—¡Oh, Curtis, por Dios! ¡Tú celoso! ¡Tú...!

Lo que se dice «picado», o lo que se dice con la mosca en la oreja, me levanté.

—¡Y un cuerno, nena! El hombre que gusta de querer pero no ama, jamás puede sentir celos. Por si quieres apuntar esas frases, te impongo de que son una filosofía propia.

Me preparé un *daiquiri*.

Ella se alzó también y vino hacia mí entre sugestivos contoneos.

Con sus brazos en mi nuca, terminó la discusión.

Al día siguiente, en su casa, no hablamos para nada de guiones y guionistas.

Nos dejamos llevar al compás de la música que derramaba el tocadiscos. Música lánguida, dulzona, pegadiza. Bebíamos *whisky*, bailábamos, y una vez sí y otra también, nos besábamos.

Cuando se acabó una de las piezas, yo le dije:

—Esto de hoy es una despedida, Cynthia.

—Temporal...

La estreché por la cintura.

—Pero despedida, al fin y al cabo...

—Curtis —dijo, con voz cálida, ronca y apasionada al mismo tiempo—, mi ausencia durará como máximo dos meses...

—Demasiado tiempo para prescindir de lo que he tenido a diario, Cynthia...

—Por favor —me suplicó—, no insistas. Si lo haces... perderé por ti la oportunidad de mi vida, porque me quedaré a tu lado.

¡No!

No insistí.

Por mi culpa... ¿quedarse sin su oportunidad?

¡Hubiese acabado obligándome a casarme con ella!

—Bailemos —dijo, para cambiar la conversación de derroteros.

Bailamos.

Y nos despedimos.
Temporalmente, claro.

CAPÍTULO 2

728 de Miller Drive.

En aquel enorme edificio de línea estilizada, granítica, ubicábase mi oficina.

Al día siguiente de la despedida, llegué tarde.

Cerca de las doce del mediodía.

Una construcción de lujoso vestíbulo... de cine, puesto que después de Hollywood nos llevábamos la palma en eso de filmar películas. Aunque algunos exteriores tuviesen que rodarse en Egipto.

Alfombrado desde la entrada hasta el punto donde se iniciaba el primer peldaño. Con cinco enormes elevadores y un montacargas. Con plantas artificiales. Con paredes picadas que representaban esculturas y grabados, incomprensibles unos, demasiado comprensibles los otros.

Al fondo, en la derecha, se veía la cabina encristalada del portero con su correspondiente centralita.

El muy «pelota» —siempre he tenido el concepto de que los porteros y las porteras son un hatajo de «pelotas», chafarderos, liantes y... me callo—, con uniforme azul azafata, charreteras y más galones que el capitán general de la Armada, salió inmediatamente de la cabina en cuanto me vio asomar por el vestíbulo.

Para hacerme una grotesca reverencia que lo ridiculizaba más de lo que ya era ridículo por naturaleza, y decirme, con el espinazo doblado:

—Buenos días, míster Talbot.

—Hola —gruñí por un extremo de la boca, colándome en uno de los elevadores.

Planta doceava.

De ella, mi agencia ocupaba ocho pisos.

Entré.

Todos me saludaron, pero no le respondí a nadie.

—Trae cara de mala «jeta» —le oí susurrar a uno por bajines.

Me metí en mi despacho, cerrando de un portazo.

Despacho... de padre y muy señor mío.

Abrí el primer cajón de la derecha. Al lado de un reglamentario «38» había una no menos reglamentaria botella de «Johnnie Walker» etiqueta negra.

Me empotré el gollete en la boca y eché un trago de órdago.

—¡Puaf!... —Me limpié los labios con el dorso de la zurda.

Acto seguido pulsé una de las clavijas del interfono. Se encendió una luz verde. Y preguntó una vocecilla agradable:

—¿Qué desea, míster Talbot?

—¡Que vengas inmediatamente a mi despacho, Nora!...

—Enseguida.

Nora Trevor era mi secretaria número uno.

Al cabo de pocos segundos, entró.

Yo, agachada la cabeza sobre la mesa, fingía estudiar unos papeluchos sin importancia.

Alcé mis sorprendentes ojos azules despacio, muy despacito.

Estupenda chica, sí.

—¿Me ha de dictar alguna carta, míster Talbot? —inquirió, alzando el bloc de pautado taquigráfico y el lápiz que sostenía con la diestra.

No contesté.

La estudiaba, lo mismo que si la viera por vez primera.

Alta, bastante alta, y extraordinariamente bien formada. Con una mata de cabello negrísimo, azul de tan negro, que llevaba recogido en moderno y artístico moño. Su rostro era un perfecto óvalo de bronce, tropical, casi legítimamente hawaiano, con dos enormes ojos verdes, rasgados, que contrastaban fabulosamente contra el fondo de aquella piel tostada, y enviaban raudales de luz a través de unas largas y rizadas pestañas. Su boca, grande, de labios frutales, rojos, de arco perfecto y húmedo. Ágil la cimbrena figura de su cuerpo esbelto, torneado, rotunda la cadencia de sus redondeadas caderas, principio, encaje primoroso de unas piernas escultóricas, de fino tobillo y elegante curva, que quedaban descubiertas tres dedos por encima de las rodillas. De sus preciosas y bien formadas rodillas.

Estupenda chica, sí.

Vestida con un jersey de punto color *whisky* que evidenciaba mucho, muchísimo, la rigidez... en fin; y llevaba una falda color marengo, estrecha.

¿Cómo no me habría fijado antes tan detenidamente? Estaba más bonita aún.

—Nada de cartas —dije al fin. Y señalando una de las cómodas sillas que habían al otro lado de mi mesa, la invité—: Siéntate.

Diríase que avanzó con cierto temor.

Pero al sentarse y subirle la falda, no tiró del borde de ella.

Eso me gustó. Porque me reventaban los falsos recatos.

—¿Con quién sales ahora, Nora? —le pregunté de golpe y sopetón.

Las mejillas se le pusieron del color de la grana. Inclino los ojos.

—No... no comprendo bien su pregunta.

Sonreí.

—Bien, seré más concreto. ¿Con qué hombre pasas el rato cuando terminas tu jornada aquí?

—¡Yo no paso el rato! —protestó, con una dignidad y energía que la hicieron aún más atractiva. Y agregó—: Tengo novio.

—¡Ah... novio! ¿Y quién es el afortunado mortal?

—Un *barman del club Cayo Azul, de Miami Beach. Fingí un rictus de horror.*

—¡Santo cielo! ¿Sólo un *barman para tanta preciosidad?* —*Permanecí irnos segundos en silencio. Después, señalando uno de los tres teléfonos que había sobre mi mesa, el gris, le dije—: Llámalo ahora mismo y dile que habéis terminado.*

Se puso en pie de un brinco.

—¡Pero...! ¿Quién se ha creído que es usted para interferir en mi vida privada?

La miré con la dureza que se ha de mirar a una mujer cuando quiere dominársela.

—¡Siéntate y no me repliques! ¡No abras la boca hasta que yo te lo ordene!

Más que sentarse, cayó en la silla. Musitando:

—Sí... sí, señor.

—Nora Trevor —solté yo entonces, grandilocuente—, desde que entraste a trabajar en esta agencia, de secretaria mía, has estado

soñando noche tras noche en salir conmigo, en estar a solas con Curtis Talbot, ¿no es cierto? ¡Responde!

Más rojas las mejillas que dos manchas de sangre en el pecho de un asesino «cosido» a tiros por la «bofia», inclinó la cabeza.

Dice un refrán: «Quien calla, otorga».

—Pues bien... —proseguí yo—, ¿a qué esperas para coger ese teléfono? ¿A qué esperas, Nora?

Abrió la mano, y bloc y lápiz se fueron al suelo.

Cogió el auricular con dedos trémulos.

Discó un número en el dial.

Y cuando le contestaron al otro extremo, le dijo al *barman que de verano, que se lo había pensado mejor, que no quería estar atada a nadie y que no la molestara más.*

—¡Perfecto, pequeña! ¿A qué hora paso a recogerte esta noche?

—A... a las diez, míster...

—¡Nada de míster! Curtis a secas y de tú.

—A las diez, Curtis —soltó de un tirón.

Pero aquella noche, el *barman del Cayo Azul de Miami Beach, que por lo visto se había oído algo raro, se dejó caer por la puerta del domicilio de Nora.*

Tuve que darle al tipo en los morros. Pero bien dado. Hasta que chorreó sangre y se convenció de que no debía volver por aquellos lares.

Desde entonces, Nora y yo salimos cada día. O cada noche, que no deja de ser una prolongación del día.

Me olvidé de Cynthia.

De su viaje a Egipto y sus exteriores de *La Geometría del Terror*, con pirámides asesinas y tal.

Había transcurrido más de un mes.

Nora y yo, aquella noche, habíamos acudido a presenciar el *show de uno de los night-clubs más en boga de Miami, el Smoke Copacabana, que se ubicaba en el 349 de Collins Avenue, al principio de Bal Harbour, frente mismo de las tranquilas aguas del Atlántico.*

De mis seis vehículos, para aquella velada había elegido el fabuloso *sport* «Monteverdi» dos plazas, con el que resultaba

sencillo alcanzar los 250 kilómetros por hora.

Dimos un paseo al salir del *night-club por las orillas de la playa*.

—¿Estás arrepentida, Nora?

Movió en sentido negativo su cabecita de azul azabache, en la que parecían reverberar las luminosas estrellas que poblaban el brillante cielo de las noches de Miami.

—Arrepentida... no.

Pisé el freno.

Giré la cabeza y, tomando con dulzura su barbilla hasta que estuvimos encarados, volví a preguntar:

—Pero dudas de algo, ¿no?

—Sí... —susurró con aquella vocecilla y aquella timidez que la hacían mucho más encantadora de lo que era. Y quiso saber, tenue la inflexión—: ¿Qué ocurrirá entre tú y yo cuando ella regrese?

Alcé las cejas, con asombro.

—¿Ella...?

—Cynthia Hobson. Cuando regrese... ¿tendré que pedirle al *barman que vuelva conmigo*?

Palabra que me había olvidado de Cynthia.

Tan siquiera había tenido tiempo de leer las postales y las dos cartas que me enviara desde que había partido a Egipto.

Besé la frente de Nora.

Luego, la comisura de sus labios.

Después, la boca.

Y tras el ósculo apasionado en el que fui correspondido con vehemencia, le contesté:

—Sólo existes tú, Nora Trevor.

No me dijo nada, aunque yo sé que lo ponía en duda. Me pidió, sumisa:

—Llévame a casa, por favor. Ya es muy tarde.

Pisé el embrague, entré la primera, hundí el pie sobre el gas y por la McArthur Causeway puse proa al centro de Miami.

Tres besos más tuvo nuestra despedida de aquella noche frente al portal del edificio donde vivía Nora.

Al final hice volar al «Monteverdi», de estridente color amarillo, por las semi-desiertas calles de Miami en dirección a Brickell Avenue.

En el 482 del edificio que allí se ubicaba, tenía yo mi triple apartamento particular.

Pocos minutos después de subir estaba tendido en la cama, soltando unos buenos y sonoros ronquidos.

Creo que soñé una serie de cosas muy raras... Entre ellas, unas horrendas y enormes manchas de sangre.

¡Riiing!

¡Riiing!

¡Riiing!

—¿Qué diablos...? —Pegué un brinco, saltando de la cama.

¡Riiing!

¡Riiing!

El maldito teléfono seguía sonando de igual forma que los timbres del infierno cuando tocaban a tostar almas malas de buena mañana.

¡Vaya horitas de llamar! Porque si mi vista no me engañaba, el despertador tenía las agujas puestas en las tres y diez de la madrugada.

¡Riiing!

Atrapé el auricular de muy mala... gana.

—Diga, narices, diga...

—¡Curtis, por fin, Curtis!

Cerré los ojos, los apreté fuertemente para despertar, para salir de aquella pesadilla. Porque la voz que estaba escuchando, sin duda, era la de Cynthia Hobson. ¿Había ella regresado de Egipto... o yo deliraba?

—¡Curtis...! ¡Curtis!

—Estoy aquí, no me he ido. ¿Desde dónde demonios llamas, Cynthia?

—¡Desde mi apartamento!...

—¡Qué! ¿Tú apartamento? ¡Pero...! ¿Desde cuándo...?

—¡Por Dios, Curtis, por Dios! —Su voz sonaba con una angustia desgarradora—. ¡No me pidas explicaciones ahora! ¡Por favor! ¡Ven enseguida, te lo ruego!

—¿Qué ocurre, Cynthia? ¿Por qué estás tan exaltada?

—¡No más preguntas, Curtis! ¡Y ven inmediatamente! ¡Te necesito!

Colgó. Escuché perfectamente el clic.

Mi cabeza, mientras me ponía los pantalones, se llenó de preguntas.

Entre ellas, una que me habían hecho pocas horas atrás:

«¿Qué ocurrirá entre tú y yo cuando ella regrese?». ¡Pues ya había regresado!

Diez minutos después estaba de nuevo al volante del «Monteverdi».

CAPÍTULO 3

Era una suerte.

Tenía llave de abajo y de arriba.

Olí de nuevo aquel perfume, sutil, tenue, que flotaba en el recibidor del apartamento de Cynthia.

Delicioso.

Todo el apartamento era una pura y cautivadora delicia. Desde el vestíbulo, en forma de semicírculo rodeado de vaporosas cortinas...

—¡Curtis! ¡Curtis...! —La vi venir hacia mí, gritando y llorando.

Dejé que se refugiara entre mis brazos. Luego, procurando calmarla, le pregunté:

—¿Qué te sucede, muñeca?

Y entonces soltó aquella exclamación que me dejó helado:

—¡Está muerto! ¡Oscar Allden está muerto en mi habitación!

Creo que la aparté con cierta brusquedad.

De un manotazo.

Salvé de un salto las tres escalerillas que separaban el vestíbulo del *living*, *flanqueadas por unas artísticas rejas que imitaban el hierro forjado*. Luego, *la cuadrada estancia, la del ámbito perfumado. Cuadros de precio. Más cortinillas. Muebles de línea estilizada, grácil, tan gráciles como ella, como Cynthia, que había regresado improvisadamente de Egipto para llamarme a las tres de la mañana diciendo que tenía un cadáver en casa.*

La primera puerta de la izquierda.

Allí estaba.

Tendido decúbito supino... con tres pequeñas pirámides metálicas de agudísima y afilada cúspide clavadas en el tórax.

Una de ellas, a la altura del corazón.

Manaba sangre, horrendas y enormes manchas de sangre. Como

las que yo había soñado cuando me despertara la llamada de Cynthia.

Oscar Allden, escribiendo novelas, habría sido poca cosa. Pero físicamente, había sido menos. Bajo, delgado, más que delgado enclenque, con el rostro chupado y los ojos muy saltones. Tenía la lividez propia de un cadáver o de un enfermo del pecho.

Del pecho estaba bastante enfermo, sí. Las pirámides se habían encargado de ello.

Observé que entre los dedos de la mano derecha apretaba algo con fuerza.

Y más fuerza tuve que hacer yo para quitárselo.

Lo miré.

¡Era una tarjeta como la que Cynthia me había dibujado cuando me explicaba el argumento de *La Geometría del Terror*!

Aquello era como decir que a Oscar Allden lo había asesinado su propio guion.

¿Pero por qué? ¿Y por qué en el apartamento de Cynthia?

¡Incomprensible!

Regresé al *living*, donde ella estaba derrumbada en una butaca, pálida como la cera, llorosa, fumando y bebiendo whisky.

Me senté frente a ella.

Y por primera vez durante mucho tiempo volví a sentirme profesional, a sentirme detective privado. A sentirme solo, como si no tuviera agencia ni veinte empleados trabajando para mí.

—Cynthia —dije, con voz seca—. En primer lugar, tranquilízate.

Tiró el cigarrillo al suelo.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? ¿Es que no lo has visto? ¡Está muerto! ¡Oscar Allden está muerto!... ¡Lo han asesinado en mi casa!

Vi que iba a entrar en una fase de histeria.

Yo sabía cómo evitar aquello.

Me planté frente a su butaca y le sacudí cuatro bofetadas en pleno rostro.

—¡Curtis...! —Fue gemido más que exclamación.

Volviendo a mi asiento, interrogué:

—¿Cuándo habéis regresado? Explícamelo todo desde el principio, Cynthia. De todas formas, se lo tendrás que contar a los de Homicidios. ¿No crees preferible hablar conmigo?

—Sí... —Hipó—, sí, por eso te he llamado. ¡Pero no contestabas!

—Estaba fuera. Con unos amigos. He regresado tarde. ¡Vamos, Cynthia, empieza!

Se enjugó las lágrimas con el borde de la manga del camisón.

La vi más serena cuando se dispuso a empezar:

—Terminamos el rodaje de los exteriores antes de lo que estaba previsto, y Barry Moore, el productor, ordenó el regreso a Miami. Hemos llegado esta tarde, a las siete. Estábamos todos muy cansados... por eso no te he telefoneado al llegar. He venido directamente aquí para echarme en la cama. Máxime, pensando en que mañana tengo que asistir a una velada de celebración por el éxito de nuestro viaje a Egipto, en el *bungalow* de Sheila Broders.

—¿Quién es Sheila Broders?

—La que encama el papel de Amenti, una de las egipcias que se casan con los arqueólogos en *La Geometría del Terror*.

—¡Sigue!

Ahogó un sollozo.

—Cómo te he dicho, estaba rendida. Tan siquiera he deshecho el equipaje. Me he metido en la cama. A eso de la una de la madrugada, aproximadamente, me ha parecido escuchar un ruido. Luego, otro. Al fin me he despertado sobresaltada y ¡ya has visto! ¡Me he encontrado a Oscar Allden muerto! Y... y encima de mi mesilla de noche había esto... —Se metió la mano en el escote y sacó una tarjeta cuyo contenido, antes de verlo, adiviné.

El volumen de la pirámide y el volumen de la muerte.

Ella también estaba amenazada.

Dije yo, de súbito:

—El asesino ha de estar entre vosotros. Entre los que están filmando *La Geometría del Terror*, que son los únicos que conocen el argumento y la original idea de las pirámides, cuya primera víctima, por paradoja, ha sido quien concibió tal idea. Pero... me estoy preguntando los motivos de este crimen y el porqué de haberlo perpetrado en tu apartamento. Esto... durante el tiempo que habéis permanecido en Egipto, a un lado el rodaje de esos exteriores, ¿has observado algo anormal? ¿Algo que no estuviera relacionado con la película?...

Hipó un par de veces y volvió a secarse el silencioso llanto que brotaba de sus almendradas pupilas.

—No...

Me puse en pie, sin preguntarle más, y me fui de cara al teléfono.

Disqué un número.

—Operadora —dije, cuando recibí respuesta—, póngame con Homicidios.

Esperé un par de minutos hasta oír:

—Sargento Coleman, de la Brigada de Homicidios. ¿Quién llama?

—¡Coleman! —le grité—. Soy Curtis Talbot...

Mi nombre y apellido lo despabiló al instante. Intuí el brinco que pegó en la silla, al interrumpirme preguntando:

—¡Señor Talbot! ¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo malo?

—Menos preguntas, Coleman. Despierta a tu amigo el teniente Maxwell Rogert, al forense, a la ambulancia, y venid todos para acá. Toma nota de las señas.

—Sí, sí, un momento. Ya...

—Coral Way S. W., 236. ¿Entendido?

—O. K. Vamos para allá.

Llegaron media hora después.

Todos con cara de sueño.

Un tipo larguirucho, pelirrojo y desgarbado, que era el teniente Maxwell Rogert, de la Brigada de Homicidios, se me vino de cara, restregándome los legañosos ojos.

—¿A quién te has cargado, Curtis?

—No tiene gracia, polizonte —repuse con sequedad—. ¡Echa un vistazo ahí dentro!

Tras él penetró un tipo bajito y gordo con cara de búho, vestido de negro, que era el forense.

Yo me puse junto a Cynthia.

Rogert y Coleman observaron el cadáver.

Luego vinieron hacia nosotros.

—Ella es Cynthia Hobson —presenté—. Propietaria del apartamento.

—Lamento conocerla en estas circunstancias —dijo el larguirucho del teniente. Preguntándole—: ¿Cómo ha sucedido?

Cynthia, sobreponiéndose a los hipidos, sollozos y al llanto,

repitió el relato.

Cuando terminaba, se nos acercó el forense para darnos una noticia que creo que a todos nos dejó fríos.

—Ese hombre ha sido narcotizado antes de morir.

—¿Cómo? —solté yo—. ¿Quiere decir que lo han drogado antes de clavarle las pirámides?

—Eso exactamente quiero decir —me respondió cara de búho, con voz profesional.

—¿Está seguro? —insistí.

Me midió de pies a cabeza.

—Oiga, amigo, sepa que soy forense desde antes de que usted naciera... —Y mirando al teniente, agregó—: Cuando hayan tomado las huellas y las fotos ya puede llevárselo la ambulancia.

—Correcto, doctor —le contestó el pelirrojo.

Se largó el forense.

Y fue el sargento Coleman, que tenía voz de corista, quien preguntó:

—¿Por qué ha tenido el asesino que drogar lo...?

—Muy sencillo —respondí yo—. Para traerlo hasta aquí, cometer el crimen e involucrar en él a la señorita Hobson.

—¡Pues no lo entiendo, diablos! —masculló el larguirucho teniente.

—Ahora vas a entenderlo, «cabezota» Maxwell —dije. Y señalando el sofá, casi le ordené—: Siéntate y escucha.

Lo hizo.

Y le expliqué el asunto desde el principio.

Desde donde comenzaba el guion escrito por el «occiso» para la Barry

Moore & Co.

Associate Productions, titulado *La Geometría del Terror*.

—Eso —agregué al terminar—, es de carácter estrictamente confidencial.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó el pelirrojo.

—Que ni una palabra a los reporteros de lo que acabas de oír. ¡Ah...! y por el momento, tampoco del asesinato.

El teniente brincó del sofá.

—¿Te has vuelto loco, Curtis? ¿Es que no cuentas con el fiscal? Se presentará aquí de un momento a otro. Y... ¿quién le dice a

Robert Gable que se silencie a la Prensa un asesinato?

Cuadrando los hombros, respondí enérgico:

—Yo. No me interesa que se haga público, teniente, porque mañana se van a reunir en velada de celebración varias personas que también están amenazadas, y entre las cuales... estará el asesino de Oscar Allden. ¿Has comprendido? No quiero que cunda el pánico.

En aquel instante llegaron los subalternos de Rogert pertenecientes al laboratorio, el fotógrafo y los peritos en dactiloscopia.

Tras ellos, diez minutos después, llegó un caballero elegantemente vestido, mimético, pulcro, lo mismo que si fuese a una recepción de sociedad.

Era Robert Gable, fiscal del distrito.

Penetró en el *living con maneras de hombre importante, de sabelotodo*.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Quién es el interfecto? ¿Alguna evidencia, teniente Rogert?

Rogert se puso pálido porque de siempre le había tenido pánico al «chinche» de Gable.

Pero intervine yo:

—Despacio, Sherlock Holmes, despacio. No me vengas con tantas ínfulas, ¿eh?

—¡Vaya...! —exclamó con sarcasmo—. ¡Si es el todopoderoso detective señor Talbot!

Me acerqué a él. Y se puso tan pálido como él había hecho poner al pelirrojo Maxwell Rogert. Le dije, con ominosa entonación:

—Gable... hace tiempo que te tengo atravesado en la garganta y no me vas para arriba ni para abajo. En menos de veinticuatro horas puedo conseguir que te trasladen a cualquier pueblucho de Nebraska o Wyoming, ¿lo sabes, verdad? Pues si quieres seguir conservando tú *modus vivendi*, en este caso concreto, vas a seguir textualmente y al pie de la letra mis instrucciones. ¿Has entendido bien, o te lo repito?

Por el rabillo del ojo vi lo muy feliz que se sentía el larguirucho y pelirrojo teniente de Homicidios al ver cómo el fiscal tragaba saliva.

Repuso Gable con voz trémula:

—De... de acuerdo, Talbot.

—Correcto. Me parece que empezamos a ir bien.

—¿Vas a movilizar a tu plantilla de sabuesos? —me preguntó Maxwell, apartando las enmarañadas hebras pelirrojas que le caían sobre la frente.

—No, señor teniente de la brigada de Homicidios. Este caso, por primera vez después de mucho tiempo... voy a llevarlo yo personalmente. ¡Ah! otra cosa, teniente. Quiero que dejes dos agentes de guardia en este apartamento, día y noche, protegiendo a *miss* Cynthia Hobson. Que no la dejen sola ni un momento hasta que venga a recogerla yo, en la noche de mañana, para asistir a una velada de celebración...

—¡Pero...! —exclamó Gable con voz respetuosa—. Talbot, comprenda que yo tengo que instruir el expediente.

—¿Y quién te ha dicho que no lo hagas, fiscal? Pero en silencio... muy silenciosamente. Ten en cuenta que como los chicos de la Prensa publiquen una letra antes de tiempo, te mandaré al pueblo más mísero de Wyoming para el resto de tus días.

Robert Gable sabía que mis amenazas no eran vanas; que mi posición social y mis relaciones me permitían hacer aquello y mucho más.

Tras unos instantes de silencio, le pregunté al teniente:

—No tendrás a Mac «Libélula» en el «talego», ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—Por nada, por nada. Tengo que echarme unos párrafos con él.

Media hora después, cuando hubieron terminado los del laboratorio, el fotógrafo y los de dactiloscopia, fue levantando el cadáver.

Maxwell Rogert dijo:

—Empezaré mis... silenciosas averiguaciones. ¿Me informarás tú de lo que descubras, Curtis?

—O. K. —respondí.

—Bien —cabeceó—. Coleman y yo nos retiramos. Quedan de guardia dos agentes... que se irán relevando sin dejar ni un minuto sola a *miss* Hobson.

—Yo... yo también me retiro —dijo Gable, que estaba deseando perderme de vista—. He... he de comenzar a instruir el expediente.

De nuevo, cuando eran cerca de las cinco y media de la

madrugada, Cynthia y yo nos quedamos solos. Y digo solos, porque los agentes de guardia, muy discretos, permanecían en el recibidor.

Ella me preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Curtis?

—Dos cosas muy importantes, pequeña. Averiguar quién ha imprimido y por encargo de quién, esas tarjetas que tú y el malogrado Oscar Allden habéis recibido. Y tres cuartos de lo mismo con respecto a las pirámides asesinas. Esas dos facetas del caso, o esos dos factores, pueden conducir a la solución del enigma. Por otra parte, mañana en la noche, asistiré contigo a la velada en el *bungalow* de la tal Sheila Broders... me presentas como un viejo amigo que soy, ¿eh?

—¿Por qué quieres ir, Curtis?

—Porque quiero saber cuántos más de los que han estado en Egipto rodando los exteriores de *La Geometría del Terror*, han recibido la tarjeta. Y quiero intuir al asesino... por su rostro desconcertado al ver que la Prensa no publica nada del crimen perpetrado en la persona de Allden. ¡Ah! y porque quiero averiguar qué hicieron en Egipto algunos de tus compañeros bajo la tapadera de filmar unos exteriores...

—¡Pero...! ¿De quién sospechar, Curtis?

—Te aseguro que no tardaremos, más que de sospechar, de acusar. Y ahora, si me prometes estar tranquila y calmada, me marcharé...

—¡No...! —Se puso en pie aferrándose a mis hombros y abriendo los ojos almendrados con genuino terror—. ¡No quiero que me dejes sola, Curtis!

Acariciándole los cabellos, besé su frente y luego su boca.

—Sé juiciosa, muñeca. ¿No has oído lo que he dicho antes? Voy a llevar el asunto personalmente... y te juro que lo hago por proteger tu vida. Pero no es quedándome aquí como la protegeré. Debo moverme. A estas horas... —consulté el reloj—, aún es posible que encuentre a un «amigo» que pueda darme cierta información. Además, Cynthia, no vas a estar sola ni un momento. Hay dos policías ahí afuera.

—Sí... pero es en ti en quien confío.

—Demuéstramelo dejándome que te ayude.

—Sí... tienes razón.

Nos besamos fugazmente como despedida.

—Hasta mañana, muñeca —le dije desde lo alto del tercer peldaño que separaba el vestíbulo del *living*.

Antes de salir les hice unas serias advertencias a los agentes uniformados.

Sabían quién era yo y me atendieron con mucho respeto.

CAPÍTULO 4

El caso era muy confuso.

Mucho más difícil de lo que parecía.

Enrevesado.

El guion de una película se representaba realmente teniendo como primera víctima al propio guionista.

Faltaba algo muy importante.

El... ¿por qué?

El... motivo.

Nadie mataba por el puro placer de derramar sangre, a excepción de un reducido porcentaje de sádicos monomaniacos. Pero el asesinato de Oscar Allden no era obra ni muchísimo menos de un sádico.

Todas estas reflexiones circularon por mi mente mientras el «Monteverdi» de estridente color amarillo circulaba por las desiertas arterias de Miami.

Proa al barrio mezcla de Chinatown y Harlem neoyorquino que teníamos en Miami.

Porque en aquella ciudad señorial de alegre colorido, residencia de millonarios, políticos, literatos famosos y actrices, también teníamos un sector donde proliferaba el golferío, donde campaba a sus anchas la gente de baja estofa.

Eso estaba en S. W. 77th Street.

Yo iba al número 32.

A una porqueriza regentada por un tipo llamado Jim Zarco, porqueriza a la que le había dado el nombre de *Il Averno*.

Allí se jugaba, se proyectaban «golpes», se fumaba heroína, etc.

S. W. 77th Street, 32.

Il Averno.

¡Vaya tufillo que se aspiraba ya antes de entrar!

Había un roñoso cartelón y todo.

Entré, luego de dejar aparcado el *sport* un par de cuadras más abajo.

Algún cerdo con tirantes se estaba zampando una fritada que olía a demonios.

Y otro de más puerco llevaba media docena de años sin cambiarse de ropa interior y calcetines.

¡Puaf, qué basura! ¡Qué reunión de golfos de todos colores!

¡Y vaya con la tiparraca cuarentona que estaba subida encima del tablado! Quería cantar, pero sólo enseñaba.

La barra, eso sí, era toda una poesía... de porquería, desde luego.

Y el retrasado mental que estaba al otro lado berreando y haciendo gestos como un energúmeno, tenía toda la pinta de uno... de los que se casaban en Holanda.

—¡Ti! —le espeté—. ¡Mamarracho! ¡Ponme un *whisky*!

Ladeó la cabeza mirándome de través.

—¿Qué me has dicho?

—Que eres más guapo que una princesa de *Las Recontra Mil y Una Noches*. ¡Ponme un *whisky*!

Volvió a mirarme de través.

—Aquí poca guasa, ¿eh?

Me abalancé ligeramente sobre la pringosa barra.

—Si te sacudo un «leñazo» en mitad de esa boca de mariposa que tienes, vas a estar tragando muelas hasta el día del Juicio. ¡Ese *whisky*, pronto!

Se percató de que la cosa no iba en broma. Y aquella clase de tipos —los *barmen* en especial—, acostumbrados a tratar con la peor «bazofia» humana, no solían acoquinarse a las primeras de cambio. Por lo tanto, cuando se «achantó», es porque tuvo la suficiente pupila como para no tentar mi paciencia.

Me puso el *whisky* con respeto.

Entonces lo atrapé por el mandil.

—¡Ven acá, cerdo! ¿Para por ahí dentro Mac «Libélula»?

Una pincelada de temor descendió sobre su faz cuando vio la mía tan cerca y de expresión tan ominosa.

—No... no sé —tartamudeó.

—¡Vaya! Conque tienes amnesia, ¿eh? ¿Verás qué rápido le

pongo yo remedio a esa enfermedad?

En vilo, atraque parezca imposible, lo saqué del mostrador.

Y sin darle tiempo a decir «esta boca es mía», le sacudí un trallazo en la boca del estómago que me lo puso «blando» enseguida.

Contorsionándose, con ambas manos apretadas donde le había aplicado el castigo, balbució:

—No... no me pegue más. Él... Mac está en el cuarto de juego.

—Gracias, simpático.

Y me alejé de la barra siendo mirado con mucho, pero que mucho respeto por parte de la «distinguida» clientela.

Me abrieron paso como si fuera el mismo diablo.

No necesitaba preguntar para saber dónde estaba el cuarto de juego.

Me metí por un estrecho pasillo, doblé dos recodos y me encontré frente a una puerta.

La abrí.

—Son veinte dólares, amigo.

Un «menda» con cara de gorila, cabeza pelada al cuádruple cero... alguna niña le había gastado la broma de decirle que se parecía a Yul Brinner y él, pedazo de atún, se lo había creído. Pues ese mismo, me tendía la palma de su descomunal manaza pidiendo los veinte dólares de marras, tarifa que allí se exigía para entrar al cuarto de juego.

—Olvídame, simio. Estoy de incógnito.

Me atrapó por un hombro. Y así, como aquel que nada, le clavé el codo izquierdo en el hígado, para luego empotrárselo en mitad de su cara de gorila cuando se inclinaba a causa del primer impacto. Quiso recuperarse, pero no le dejé. Porque mi zurda le machacó el plexo contundentemente. Boqueó, agónico, y entonces le estampé la rodilla contra las fauces proyectándolo contra la pared opuesta.

Resbaló por ella y se dobló en tierra como un guiñapo.

Ninguno de los que estaban allí dentro había se percatado de la fricción violenta que el gorila y yo habíamos tenido en la puerta.

Era una sala de proporciones rectangulares con mucho humo de tabaco en el ambiente, mucha marranería al igual que en el exterior y una docena de mesas redondas que nada tenían que ver con las del rey Arturo donde, rostros de todas marcas, en los que

predominaba una expresión de incertidumbre y avidez, seguían atentamente el ritmo de los naipes que una y otra vez iban resbalando por encima de los tapetes verdes. Sobre cada una de ellas, interrumpiendo un largo cordón eléctrico que colgaba desde el techo, una pantalla cónica y una bombilla.

Pese a mi metro noventa y el contraste de mis ojos azules contra el cabello negro ondulado, nadie me prestó la menor atención.

Lógico.

Me di una vuelta completa por la sala escrutando todos y cada uno de los rostros reunidos alrededor de las mesas.

En la última de aquéllas distinguí a mí «objetivo».

Me acerqué, situándome a su espalda.

Iba en mangas de camisa negra con tirantes de colorines a lo titiritero de feria, y además, al parecer, iba ganando.

—Mac... —susurré en voz baja.

Ladeó la cabeza.

Y al verme, su cara escuálida, se puso de un lívido cadáver.

No obstante, para sentar cátedra de «hombrecito» delante de sus compañeros, me preguntó despectivo:

—¿Qué se te ha perdido por aquí, fisgón?

Se la ganó de buenas a primeras. Porque le metí la derecha en el centro de la boca haciéndolo rodar por encima de la mesa para ir a caer en tierra por el otro lado, arrastrando naipes y dinero.

Los demás se levantaron.

Yo, rodeé la mesa, para incorporar a Mac «Libélula» por el cuello de la camisa. Y acercándole el rostro al suyo, cuyos labios manaban sangre, le dije:

—No me gusta que me llamen fisgón, Mac. Recuérdalo.

Limpiándose la sangre con el dorso de la zurda, medio descompuesto de miedo, tartamudeó:

—¿Que qué es lo... lo que quieres de mí?

Sin soltarlo, hablé:

—Si mis informes no son falsos, Mac, tú tienes una imprenta clandestina en la que has imprimido octavillas políticas, anuncios obscenos, billetes de dólar, por lo cual te tiraste una buena temporada a la sombra... pero eso no me importa. Yo, amigo Mac, sólo quiero saber si tú has imprimido esto... —Y le mostré la tarjeta que había recibido Cynthia y que yo me había llevado. Insistí—: ¿Lo

has imprimido tú, Mac?

Temblaba de pies a cabeza.

—¡No... no... te juro que no! Desde que salí del «talego»... desde que salí, dejé lo de la imprenta...

—¡Ah, ya, te has regenerado! Como los delincuentes de buen corazón muy en el fondo, ¿eh? Bien. Tú no lo has hecho. Te creo. Pero al menos podrás informarme quién se dedica a trabajitos como éste, como los que tú hacías antes de regenerarte...

—Yo... esto, yo no sé...

Le sacudí un zurdazo en el plexo y se me fue a rebotar contra la pared con sonoro tintineo de todos sus huesos.

Me le puse enfrente.

—Mac «Libélula» —desgrané ominoso—, suelta la lengua o te garantizo que te machaco. ¿Quién puede haber hecho este trabajo?

Medio arrugado contra la pared como un acordeón, repuso:

—Puede... puede que Gail Markam. Tiene una imprenta en su casa y...

—¿Dónde está su casa, Mac? —lo atajé.

—82 de N. W. 62nd Street, segundo piso.

—Muy amable, Mac —y trayéndolo hacia mí lo reboté de nuevo contra la pared.

Ahora, al salir, sí me prestaron atención.

Y el gorila de la puerta no se atrevió ni a mirarme.

CAPÍTULO 5

¡Vaya nohecita que me estaba tirando!

Sin pegar un ojo.

Ya amanecía cuando aparqué el «Monteverdi» frente a las señas que me había facilitado Mac «Libélula».

El portal, oscuro y angosto, ofrecía posibilidades. Nada más cruzarlo me di cuenta de ello.

Seguí hacia el fondo hasta encontrar las escaleras, que siendo en su primer tramo de madera, crujían como demonios.

Alcancé el segundo rellano.

Como solo había una puerta no quedaban dudas al respecto.

Le di al zumbador.

Un taconeo vivo, y segundos después, desde el otro lado de la hoja de madera percibí un:

—¿Quién es...?

—Vengo de parte de Mac «Libélula» —respondí con firme acento.

—No conozco a ningún Mac «Libélula» —me respondió la voz femenina—. ¡Lárguese al cuerno!

Era inútil apelar a falsos razonamientos.

Así que...

—Mira, nena —pegué los labios a la puerta—, lleve un reglamentario «38»... ¡pum, pum! Te salto la cerradura con un par de balazos y entro por las bravas. Palabra que me importa un rábano hacer ruido. De veras que es muchísimo mejor que abras de buen grado. ¿Qué, le doy al gatillo?

No era baladronada.

Estaba muy dispuesto a meterle dos plomos en la cerradura.

Ella también lo entendió así.

Abrió.

—Suelte lo que tenga que decir y lárguese rápido —me midió

despectiva de pies a cabeza.

La estudié antes de hablar.

Gail Markam, por encima, debía tener unos treinta y cinco años. Con todo el aspecto de una *strep-teaser fracasada*. *De ésas a quienes se les mustian los encantos como pétalos de rosa dentro de un vaso de agua sin aspirina*. A pesar de los pesares, se le adivinaba un contorno atractivo y unas formas todavía aprovechables. Tenía los ojos pardos y su mirada era huidiza, expresivamente desconfiada. Cabello castaño. Ovalado el rostro de labios finos, incoloros. Delgada y alta. Daba la sensación de ser una mujer frígida.

—¿Se va a quedar ahí, quieto, mirándome hasta mañana?

—¡Oh, no, querida! Es que tengo la costumbre de estudiar detenidamente a mis proveedores para saber con certeza si son de fiar.

—¿Proveedores? —Enarcó las cejas, fingiendo extrañeza—. ¿De qué he de proveerlo yo a usted?

—De unas cuantas tarjetitas de esas que haces con la imprenta tan «mona» que tienes ahí dentro.

—¿Y por qué no vas a que te haga las tarjetas el diablo? —La pregunta, en tono desabrido, me la hizo un tipo con pinta de *catcher* que asomó las narices por encima de los hombros de Gail. Estaba en mangas de camisa y pantalón de pijama.

—¿Por qué no te vas a dormir la «mona», tarzán? —pregunté a mi vez, para ofender y responder.

—¡Vuelve adentro, Elmer! —ordenó ella, imperiosa—. No más escándalos ya.

—¿Cómo que me vaya dentro...? —El «menda» se puso varonil. Lógico. ¿Cómo iba a regresar al interior dejándome a mí en conferencia con Gail... tal como iba vestida Gail? Y añadió—: ¡Vas a ver cómo me lo saco de encima!

—¡Elmer...!

De nada sirvió la autoridad que ella pretendía imponer. Apartó a Gail de un manotazo y se me vino de cara con muy malas intenciones.

—¡Te la vas a ganar! —Le previne.

Pero Elmer no me hizo caso a mí tampoco porque ya estaba

lanzado.

Y presto hube de andar para que no me colocara la zurda en mitad de las fauces. Me agaché al momento, en una fracción de segundó, aplicándole la punta de los dedos sobre el hígado para, acto seguido, golpearle con el filo de la zurda detrás de la oreja cuando se agachaba.

Trastabilló, yéndose en línea recta contra la barandilla de la escalera.

Pero se trataba de un tipo resistente acostumbrado a encajar «leña» encima de un cuadrilátero.

Sin apenas recuperarse giró sobre sí, se vino unos pasos adelante, hizo una finta, «piqué» como un principiante, y acabó largándome un soberano trallazo en el centro del estómago.

De verdad me arrugué.

Aquello iba en serio.

Otro descuido y aquel tarzán en pijama acabaría por troncharme.

Lanzóse de nuevo sobre mí cuando empezaba a recuperarme del golpe.

Tuve que recibirlo rodilla en ristre y en ella estrelló su boca soltando maldiciones y ronquidos. Al instante, apelando a métodos poco ortodoxos pero que sabía efectivos, le pegué una patada en la cara que lo hizo revolverse en el aire. Pero aún hizo intento de recuperarse y volver a la carga, con un nuevo amago en el que esta vez no «piqué».

Todo lo contrario.

Lo esperé fríamente a la salida del amago y cuando se abrió para cruzar el directo de zurda tinté ágilmente colgándome por entre sus poderosos brazos para castigarle el hígado por segunda vez. Y por tercera. Y por cuarta. Hasta que se lo machaqué. Y cuando se dobló en medio de convulsiones y estertores, le astillé la nariz de un tremendo rodillazo. Rumbo a tierra aún, lo cacé en la nuca con un seco y fulminante golpe que lo tendió de bruces definitivamente.

Luego, frotándome la palma de las manos, miré a la impertérrita Gail.

—Con la prisa que tengo...

Por el cuello arrastré a Elmer hacia el interior del piso. Ella se hizo a un lado, sin poner ahora impedimentos, y cerró tras de mí.

—Para él, pobrecito... —me burlé abiertamente—, ha sido doloroso. Y para mí, una pérdida lamentable del tiempo. Todo para entrar al fin y al cabo. Hubieras podido evitarlo, encanto.

—Es mí... novio.

—Una de indios, gata. Ya sé que vivimos en un país de costumbres muy avanzadas, pero el avance no habla de que los novios visiten el pisito de las novias a las seis de la mañana. No te esfuerces, que me las sé todas de memoria. ¿Dónde quieres que ponga «esto»?

Gail, girando ante mis ojos con un ilustrativo revuelo de transparencias, dijo escueta y ahora de «tú»:

—Ven.

Pasillo andando... que es gerundio.

Una salita de esas muy monas donde las mujeres derrochan buen gusto, delicadeza y toda la gama que es exclusivo patrimonio de su encantador y sutil sexo. Pero Gail, estaba a la vista, debía ser bastante marrana. Todo revuelto. Prendas por aquí y por allá, calcetines, zapatos, unos pantalones arrugados, etc. ¡Ah, eso sí! Una mesita llena de colillas a pesar de que habían dos ceniceros, tocadiscos, televisor, mueble de esos que predisponen a las cogorzas, sillas... y una puerta a la izquierda, entreabierta, que permitía atisbar hacia un catre estrecho, en desorden, que no tenía los cinco palmos reglamentarios.

—Ponlo ahí... —señalaba el cuartucho—, encima de la cama.

Obedecí. Nos fuimos a la salita. Gail se derrumbó en una butaca prendiendo un pitillo.

Yo comencé:

—¿Qué hay de la imprenta, monada?

—No sé de qué me hablas —y soltó una nube de humo sobre mi rostro.

A lo que respondí, inclinándome súbitamente, para soltar una sonora «castaña» sobre el de ella.

Hizo ademán de devolvérmela, pero me anticipé arreándole otra que la empotró en el fondo de la butaca.

—¿Qué hay de la imprenta, Gail? —insistí.

—¡Ya te he dicho...!

No acabó la exclamación porque le soplé la tercera «castaña», ésta con mucha mayor violencia que las anteriores.

Tenía el rostro como de terciopelo granate.

—¿Qué hay de la imprenta, Gail?

—¡Está bien! —gritó, mirándome con infinito rencor y con rabia difícilmente contenida—. ¡La tengo! ¡Tengo esa imprenta! ¡Pero no me dedico a falsificar «pasta»!

—Es cosa que me trae sin cuidado —comenté, encogiéndome de hombros—. Yo sólo quiero saber si tú has imprimido eso...

Y le puse la tarjeta debajo de sus enrojecidos ojos. Advirtiéndole:

—Dime la verdad no sea que acabe por desgraciarte la cara, ¿eh?

—¡Sí! Lo he imprimido yo.

—¡Bien... que buena chica! A eso le llamo contestar deprisa y concreto. ¿Cuándo? ¿Quién te hizo el encargo?

—Pues... —dudó unos segundos—, creo que hace algo más de un mes. Me pareció un encargo raro, pero el tipo me dijo que se trataba de gastar una broma...

—¿Nombre?

—Dijo llamarse... Octavio Averno.

—¿Estás segura?

—¡Sí, diablos, sí!

—Descríbemelo.

Lo hizo.

Y me quedé estupefacto... ¡porque acababa de describirme al difunto Oscar Allden!

Un detalle pasó por mi cerebro fugazmente confirmándome la descripción: Muchas personas, al adoptar un nombre falso, por instinto, lo escogían con las mismas iniciales que el verdadero. Y eso había hecho el guionista, escoger uno que empezaba también con

O y A.

Oscar Allden... Octavio Averno.

—Gracias, gata —le dije, mientras en el interior de mi sesera se barruntaban y mezclaban una serie de confusos pensamientos—. Es cuanto quería saber.

Me largué.

De nuevo al volante del «Monteverdi», un pensamiento estalló en mi cerebro por encima de todos los demás: «Si Oscar Allden, por motivos que aún estaban por esclarecer, había decidido llevar a la

criminal realidad su guion, como lo demostraba el hecho de haber encargado las tarjetas amenazadoras... ¿dónde estaba la justificación de que fuera la víctima de su propio proyecto... la primera víctima?».

Obtuve la respuesta en una especie de chispazo luminoso.

¡Un cómplice!

Oscar Allden tenía un cómplice que había decidido traicionarlo.

Verosímil, sí.

Pero seguían faltando las dos respuestas principales, importantes.

¿Por qué...?

¿Motivo...?

Quizá, en la velada de celebración, obtuviera alguna pista que me condujese a ambas respuestas.

CAPÍTULO 6

Entré en mi despacho no medio... sino muerto de sueño del todo.

Y le pegué un «susto» de órdago a la botella de Johnnie Walker (etiqueta negra), porque casi la vacié de un trago.

La que sí penetró asustada de verdad fue Nora.

Y por un momento temí que se hubiera enterado ya del regreso, poco afortunado dicho sea de paso, de Cynthia.

Agitaba una hoja de papel en la diestra.

—¡Curtis, Curtis... mira esto!

—Calma, muñeca —le dije—. No grites, que me suena a arrullo, y como me caigo de sueño... ¿eh?

—¡Es un anónimo! ¡Te amenazan de muerte...!

Creo que me despabilé de golpe.

—¡Trae eso! —Fui yo quien grité ahora.

Se acercó a la mesa.

Me tendió la cuartilla.

Ya entre mis dedos, leí:

«Curtis Talbot:

»Tengo también tres pirámides para ti sí tanto te interesa conocer... el volumen de la muerte. Deja que sea la policía quien se encargue del asunto. Tú... a vivir tú buena vida.

»Que te conste que es mi primer y último aviso. El próximo... será clavarte la agudísima cúspide de tres pirámides en el tórax.

»Te saluda,

»La Geometría del Terror».

No hice comentarios.

Sólo pregunté:

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?

—Entre la correspondencia —repuso Nora. Agregando—: Pero lo deben haber echado en mano al buzón del vestíbulo porque el sobre no traía sello alguno. ¡Curtis...! ¿Quiere explicarme lo que sucede?

La miré.

Percatándome de que hoy estaba más hermosa y deseable que ningún día.

Brillaban como esmeraldas sus ojos verdes al mirarme con una avidez que era elocuencia de los sentimientos que en su interior bullían por mí.

De sus ojos pasé a su blusa que era, ¡palabra! una auténtica monería. De ese género adamascado que hace forma y arabescos raros, de ese género tenuemente translúcido...

Y la falda estrecha. Negra. Ciñendo la rotunda cadencia de sus caderas.

Ella, en silencio, satisfecha, veía cómo yo la miraba.

Y yo, ahora, estaba pensando en que no tendría más remedio que contarle la verdad.

Guardándome el amenazador anónimo en el bolsillo, le dije:

—Siéntate, Nora.

Lo hizo.

Y la falda negra se hizo también... corta. Hasta lo inverosímil. Ella no tiró del borde.

Pero mi ánimo no estaba para recrearme en su escultural belleza.

—Bien —dije—. Me has pedido que te explique lo que sucede, ¿no?

Parpadearon sus largas y rizadas pestañas.

—Sí... sí... —murmuró ansiosa—, claro que sí. ¿Por qué te amenazan de muerte?

—Pues porque esta noche pasada, después de dejarte en tu casa...

Sin preámbulos ni circunloquios le largué la historia tal como había sucedido desde el instante en que ella y yo nos separáramos.

Se llevó las manos a la garganta.

—¡Dios Santo! ¡Es horrible!

Yo, le formulé unas preguntas muy incisivas:

—¿Qué te preocupa más. Nora? ¿El regreso de Cynthia Hobson, lo sucedido, o el anónimo en que se me amenaza de muerte si intervengo en el asunto?

No dudó en responder:

—Preocuparme... sólo me preocupa el regreso de Cynthia Hobson. El anónimo en que se te amenaza de muerte no me preocupa... ¡me horroriza de pensar que pueda convertirse en realidad!

—Aunque no es el momento oportuno, Nora, responde a una pregunta: ¿Estás enamorada de mí?

Bajó sus ojos de fulgor verde.

Y fue tenue, apagada, su voz, al responder:

—¿Sí?, te amo, Curtis.

No sé por qué, sentí que una extraña corriente circulaba por mi espina.

Luego, me dije a mí mismo que era idiota de remate.

Amenazado de muerte, investigando un crimen que podía costarme la piel... ¡y preocupándome de si mi secretaria me amaba!

Los hombres como yo somos así de imbéciles.

Dije:

—¿Te decepciona el que pese al anónimo vaya a seguir en el asunto... precisamente para salvar la vida de Cynthia Hobson?

—Lo que consideres tú obligación como detective y como ser humano, es imposible que me decepcione, Curtis.

A través de las palabras que llevaba ella pronunciadas en mi despacho aquella mañana, comprendí, pese al criminal jaleo que ocupaba mi mente, que Nora era una mujer diferente a las demás. Que no estaba vacía... como a pesar de los pesares lo estaban las mujeres como Cynthia. Ella no. Nora tenía mucho dentro de sí. Sentimientos, cariño, bondad, humanidad y por encima de todo, sensibilidad e instinto.

Hablé:

—Nora... si yo te pidiera que me ayudaras en este caso, que dejaras de ser secretaria para ser un poco detective, aun sabiendo que con ello puedes beneficiar a la mujer que puede «robarte» lo que amas, ¿me ayudarías?

Me sonrió dulcemente:

—Sí, sí lo haría Curtis.

—Pues voy a pedirte que me ayudes, Nora. Presta atención: Esta noche, Cynthia, tú y yo, asistiremos a esa fiesta de celebración que se va a dar en el *bungalow* de una de las actrices que intervienen en el rodaje de *La Geometría del Terror*. Tú, imagino que no has estado nunca en un tipo de fiestas de éstas, pero yo sí. Son bacanales, orgías, muy propias de la gente del mundillo cinematográfico. Beben, beben y no paran de beber hasta que están como «cubas». Luego, ninguno ni ninguna sabe lo que dice o hace, por lo cual, todos hacen y dicen auténticos disparates. Yo, Nora, quiero te encargues de aprovechar ese momento de algazara y desorden para lo siguiente: Es obvio que los hombres se quitarán las chaquetas tirándolas por cualquier rincón, y tú, con tacto, deberás registrarlas en busca de una tarjeta como ésta... —Le mostré la tarjeta de los «volúmenes»—, ¿vas entendiendo?

Un poco aturdida, cabeceó afirmativamente. Y yo agregué:

—Irás provista de un pedazo de tiza azul y otro rojo para señalar, según sea el color de la chaqueta, el cuello de todas aquéllas en que encuentres una tarjeta como ésta. Nora, muñeca, ¿te crees capaz de hacerlo?

—Por ayudarte a ti, Curtis, aunque favorezca de rechace a la mujer que puede apartarte de mí... ¡haría cualquier cosa!

—Buena chica —fe palmeé la mejilla. ¡Y qué diablos! me alcé, me incliné, la besé largamente en la boca. Después—: Ahora regresa a tu trabajo y no hagas el menor comentario.

—Es obvia la advertencia, Curtis.

La vi salir del despacho con vivo y gracioso contoneo.

Saqué la amenazadora misiva del bolsillo y la volví a leer detenidamente.

Una pregunta a todas luces lógica vagó por mi cerebro: ¿Cómo sabía el asesino que yo intervenía en un asunto del que nadie había hablado todavía? Además, lógicamente también, la carta tenía que haber sido echada antes de la noche al buzón, porque la puerta quedaba cerrada. No, no, por la mañana no podían haberla echado porque el portero recogía y repartía la correspondencia antes de abrir la puerta de la calle.

¡Inverosímil!

Pero tratando de buscar respuestas a preguntas lógicas de

significado inverosímil, nada, no adelantaría nada.

Y había mucho por hacer.

Pulsé una palanca del interfono. Se encendió la lucecita verde y oí la voz de Agnes (mi otra secretaria), preguntando:

—¿Qué desea, míster Talbot?

—Agnes, comunícame de inmediato con el teniente Maxwell Rogert de la Brigada de Homicidios.

—Enseguida.

Y al cabo de pocos minutos escuché de nuevo a mi segunda secretaria, diciendo:

—El teniente Rogert por la línea dos, míster Talbot.

Atrapé el teléfono del centro.

—¡Maxwell! —le grité—. ¿Has averiguado algo?

—Ni jota —me respondió el larguirucho pelirrojo desde el otro extremo. Y a la recíproca, quiso saber—: ¿Y tú?

—Ni jota —le plagié, lo cual era mentira, puesto que sabía lo de las tarjetas. Dije a continuación—: Teniente Maxwell, antes de media hora, quiero en mi despacho una de las tres pirámides que se encontraron hundidas en el tórax de Oscar Allden.

—Lo siento —me respondió Maxwell Rogert—. Las tiene el fiscal como prueba número uno del expediente que está instruyendo.

—¡Eso me importa un rábano! Ahora mismo hablaré con Gable... *¡good-bye!*

Colgué, sin más.

Pulsando de nuevo una de las palancas del interfono, dije, antes de que mi segunda secretaria tuviese tiempo de preguntar lo que quería:

—¡Comuníqueme ahora mismo con la oficina del Attorney[5] Robert Gable!

Segundos después escuché la voz de Agnes:

—La oficina del Attorney por la línea uno, míster Talbot.

Atrapé el auricular del primer teléfono.

—¡Gable...!

—Soy su secretaria —me respondió una voz delgadita.

—¡Pues que se ponga el fiscal y rápido! ¡Lo llama Curtis Talbot!

En menos de quince segundos tuve al sabelotodo de Gable en el otro extremo del hilo, preguntando:

—¿Ocurre algo, Talbot?

—Ocurre, fiscal, que antes de media hora quiero en mi oficina una de esas pirámides que constituyen la prueba número uno del expediente que estás instruyendo. ¿Lo has entendido bien, Gable?

—Perfectamente —repuso, sin atreverse a formular la menor objeción. Y agregó—: Enseguida se la envió por uno de mis ayudantes.

Colgué.

Antes de que hubiesen transcurrido quince minutos, la pequeña pirámide asesina de cúspide agudísima —con la que también se me había amenazado de muerte—, estaba girando entre mis dedos.

Tras unos segundos de observarla hice funcionar nuevamente el interfono, requiriendo esta vez la atención de Nora; quien inquirió:

—¿Voy a tu despacho?

—No ahora, muñeca. Es a Garland a quien quiero que me mandes para acá.

—De inmediato, amor.

Lo de «amor», ignoro el porqué, pronunciado en labios de ella, produjo en mí una sensación nueva, extraña.

Golpearon la puerta.

—¡Adelante!

Penetró un muchacho joven, veinticinco años a lo sumo, bien plantado, de apariencia atlética, expresión jovial y facciones correctas.

Era Duncan M. Garland.

Sin duda, el mejor de los detectives que trabajaban en mi agencia.

—¿Ves esta pirámide? —le pregunté, sin andarme con rodeos.

Se acercó.

—O. K.

—Tómala... —Se la tiré y la recogió al vuelo. Agregué—: Estúdiala.

Lo hizo. Preguntando después con las cejas arqueadas:

—¿Y...?

—Ya sé que Miami es un poco grande —respondí, desconcertándole momentáneamente—, pero quiero que la revuelvas de arriba abajo hasta encontrar la ferretería de dónde ha salido «eso», o el cerrajero que la fabricó.

—Okay —e hizo ademán de retirarse.

—¡Un momento!

Se detuvo con la diestra en el tirador de la puerta.

Giró hacia mí.

—¿Sí...?

—Permaneceré hasta las diez de la noche en este despacho... esperando tus noticias. Lo cual significa, Duncan M. Garland, que antes de las diez de la noche quiero resultados positivos.

Cabeceó afirmativo y salió acto seguido.

Me encerré con mis pensamientos.

Así hasta la hora de salida, en que Nora pasó a mi despacho para interesarse por mi presencia allí cuando siempre solía marcharme una hora antes.

Le dije el porqué.

A lo que repuso:

—Me quedo contigo.

—Lo cual te agradezco, muñeca.

Del *drugstore* que había frente a mi oficina hice que nos trajeran unos bocadillos y un par de cervezas.

Comimos, bebimos, y como si de común acuerdo quisiéramos hacernos olvidar mutuamente las cosas importantes, hablamos de trivialidades.

Incluso salió a relucir un *barman* del club «Gaye Azul» de *Miami Beach*.

—Era un buen muchacho —dijo Nora.

Y yo, por uno de esos extraños remordimientos de conciencia que a veces se sienten, lamenté haberle puesto la cara chorreando sangre aquella noche de marras.

La vida. El gordo se come al chico.

Pero al gordo, ahora, se lo podían «comer» tres pirámides metálicas de agudísima cúspide.

Seguimos hablando de cosas sin importancia.

Eran las cinco de la tarde.

Y fue Agnes a través del interfono, quien anunció:

—Garland por la línea dos, míster Talbot.

Atrapé el auricular del centro.

—¿Qué hay, Duncan?

—Creo que he dado con el tipo.

—¿Seguro?

—Bueno... verás, en ferreterías nada. Pero un cerrajero me ha indicado quién podía, posiblemente, haber construido la pirámide. De nombre, Alf Donlevy. Domicilio, U. W. 54th Street, 98. Me he presentado y el tipo se ha puesto muy pálido al ver la pirámide. Ha negado. Torpe y confuso, pero ha negado. ¿Qué te parece, lo «atornillo»?

—No. Espérame en las cercanías. Voy para allá.

Metí el «38» en la sobaquera.

Al pasar por el antedespacho que ocupaba Nora le dije que iría a recogerla sobre las diez de la noche.

—Estaré preparada.

Salí al trote de la agencia.

CAPÍTULO 7

Aparqué el «Monteverdi».

Garland me esperaba enfrente mismo de la cerrajería.

Juntos nos acercamos.

Era una nave pequeña de proporciones rectangulares en la que sólo trabajaban dos individuos.

Mi auxiliar, señalándome uno de ellos, dijo:

—Ése es el propietario.

Entramos.

Había tres bancos de trabajo con los instrumentos propios de la profesión.

Cuando habíamos dado tres pasos hacia el interior, el dueño, reconociendo a Duncan, se nos vino de cara, diciendo:

—¡Vaya...! ¿Otra vez usted?

El tal Donlevy era un tipo de mediana estatura, musculoso, que iba en camiseta de verano. Una camiseta pringosa y sucia por el sudor y la grasa.

—Sí, otra vez él. Pero en compañía mía —respondí yo. Y dirigiéndome a Garland—: Trae la pirámide.

Me la tendió.

La hice saltar en la palma de mi mano frente a los parduzcos ojos del cerrajero.

Para preguntarle de súbito:

—¿Quién ha fabricado esto, Donlevy?

—¡Ya le he dicho a este que yo no! —exclamó nerviosamente.

No.

Seguro que no lo esperaba.

Porque tal como seguía haciendo saltar la pirámide en la palma de mi diestra, le empotré la zurda en plena boca del estómago catapultándolo contra el final de la nave.

Rebotó en la pared.

Su colega se vino hacia mi blandiendo un martillo.

Pero Garland se encargó de «cazarlo» y aplicarle una llave de judo con la que lo volteó por encima de uno de los bancos. Cayó al otro lado, inconsciente.

Yo estaba por Donlevy.

Me le acerqué antes de que se recuperara.

—¿Quién ha fabricado esto? —insistí, haciendo saltar la pirámide.

—Yo no...

Ahora la zurda se la encasqueté en mitad de las narices. Y repetí el golpe dos veces hasta que le vi echar sangre. Terminé con uno en el estómago que lo dobló en tierra.

Le pegué una patada en el costillaje.

—¿Lo has fabricado tú, Donlevy?

Tenía faena limpiándose la sangre.

Fui paciente y le dejé terminar.

Entonces balbució:

—Sí... sí... ¡las fabriqué yo! ¡Y maldita la hora en que lo hice! Él... el tipo me pidió que no hablara de eso a nadie... pagó bien y...

—¿Cuántas le fabricaste?

—Pues... doce.

—¡Sopla! —Sonreí, enseñando los dientes—. A tres por difunto... —le volví a interrogar—. ¿Cómo se llamaba el tipo?

Agarrándose a la pared se puso en pie.

Volvió a limpiarse la sangre.

Dijo:

—No recuerdo... —Y temiendo que fuera a sacudirle otra vez, gritó—: ¡Espere, espere, miraré el libro donde anoto los encargos!

Para él, libro, era equivalente a un bloc de notas con mugrientas cubiertas de hule.

—Sí... aquí lo tengo —dijo con cierta satisfacción al comprender que se evitaba más «leña»—, su nombre, o el que me dio, es Octavio Avernon.

¡Octavio Avernon! Aquello encajaba con lo de las tarjetas. Y con lo de las iniciales Oscar Allden-Octavio Avernon.

—Gracias, buen mozo —ironicé—. Y aprende para ocasiones sucesivas a no gastar tantos remilgos para informar a los buenos ciudadanos.

Ya a bordo del «Monteverdi», me dijo Garland:

—Desde esta mañana que te estás gastando una «luna»...

Sonriendo, repuse:

—Cierra la boca, no vayas a recibir tú también.

—¡Eh... que yo sé judo! —Me siguió la broma Duncan.

Lo dejé en la oficina.

Yo me fui a mi triple apartamento.

Pensando...

En que mi inicial teoría iba tomando forma y color.

Oscar Allden, antes de emprender el viaje a Egipto, había hecho los criminales preparativos para llevar su guion a una asesina realidad cuando regresaran, pero su cómplice lo había traicionado.

Seguía faltándome el ¿porque...? ¿Por qué Allden había preparado aquel plan criminal?

¿Cuál o cuáles eran los... motivos que lo empujaban a ello?

Puede que aquella noche surgiera la respuesta a alguna de las dos incógnitas.

O la respuesta a las dos.

O... a ninguna.

CAPÍTULO 8

Para aquella noche, que podía ser trascendente, elegí de entre mis seis cochazos, el «Alfa Romeo-Giulia GT», de rampante y estridente carrocería color escarlata.

Pasé primero a recoger a Nora.

Cuando la vi aparecer me dije para mis adentros que estaba espléndida.

Llevaba un traje de noche, sin ser de etiqueta, negro, ceñido a su cuerpo escultural, con descote en cuadro y dos suaves tirantes sujetándolo a sus hombros. Encima llevaba una graciosa «torera» de gasa.

Al tomar asiento a mi lado, mirándola intensamente, no pude por menor que decirle:

—Maravillosa, muñeca, maravillosa.

Y vi reflejados mis ojos azules en el fulgor esmeralda de los suyos verdes.

Mi mano iba hacia la palanca de cambios, pero se detuvo a mitad de camino... yendo hacia la nuca de Nora.

La atraje hacia mí.

La besé.

Larga.

Muy largamente.

Ahora sí que entré la primera al tiempo que embragaba y, dando gas seguidamente, lancé el «Alfa Romeo» como una exhalación.

Rumbo al 23 de Coral Way S. W.

En uno de los apartamentos de cuyo edificio había sido asesinado Oscar Allden.

Pese a todo, tenía que notarse que era actriz.

Se había vestido con más escándalo que Nora.

Pero hube de reconocer que...

Cynthia Hobson, en el interior de aquel vestido *cocktail*, de igual color que la carrocería de mi auto, estaba también fabulosa.

Pese a lo escandaloso... bueno, escandaloso, entiéndase, ¿eh? Bueno, en fin, pese a todo, se notaban en sus rojizos ojos las huellas dejadas por la impresión de lo sucedido la noche anterior.

Mentalmente, y de soslayo al mismo tiempo, las comparé.

Nora y Cynthia... Cynthia y Nora...

Las presenté:

—Nora Trevor, mi secretaria. Cynthia Hobson, una amiga y actriz de cine —y agregué, mirando a esta última—: Por asuntos profesionales, Nora está al corriente de lo sucedido. Tendrá que entrar en la fiesta como una amiga más...

Ellas se dijeron:

—Hola.

—Hola.

Ni se besaron, como suelen hacer las mujeres.

Ni se dieron la mano tampoco.

Quizá... porque ambas adivinaron lo que cada una pensaba de la otra.

Quizá... porque esa intuición tan femenina las hizo saberse rivales a «muerte» de inmediato.

¡Qué bueno que dos mujeres como aquéllas se pelearan con los ojos por mí!

—Bien, Cynthia. ¿Dónde para el *bungalow* de la tal Sheila Broders?

—En Biscayne Bay —repuso—. Mil quinientos treinta y siete de Bauer Road. Junto a la playa.

Manejé de nuevo la palanca de cambios.

Y esta vez, ¡qué conste! no besé a ninguna de las dos.

En aquel sector de Biscayne Bay, todo eran *cottages* y *bungalows*.

El de Sheila Broders era de los mejorcitos.

Con un amplio jardín en el que había muchas palmeras.

Coquetón, vaya.

Aparqué entre otros vehículos y saltamos a tierra.

Del *bungalow* surgía una música lánguida.

La fiesta ya había empezado.

—Somos de los que llegamos tarde —comentó Cynthia, como por decir algo.

—Lo bueno se hace esperar —repuse yo por el mismo motivo. Sí, en efecto, la fiesta había empezado.

Y empezaron, nada más poner los pies en el *bungalow*, las presentaciones.

Aunque, aquella gente te lo hacían todo sencillo: «Hola tú, ¿qué tal?, ¿cómo estás? ¿Bailamos?». O bien: «No tenía visto por acá, chico. Pero estás bien, me vas. ¿Unos pasitos?».

Les gustaba dárselas de originales.

Unos hablaban entre sí. Otros bailaban. El resto bebía... mejor dicho, todos llevaban un enorme vaso de *whisky* en la mano.

«Privaban» que era un gusto.

Cuando tras nuestras espaldas se cerró la puerta de troncos y ramajes, de una profesional ojeada me fui percatando más o menos de la calidad de cada elemento ya perteneciese al masculino o al femenino.

Aproximadamente, unas doce parejas.

—¿Dónde está Allden? —le oí preguntar a alguien.

Me fijé en quién.

Era un tipo bajo, rechoncho, morcilludo, con auténtica cara de puerco cebado.

El que preguntase por Allden...

Le di un codazo suave a Cynthia, susurrándole:

—Preséntame a ese fulano.

—Es Barry Moore, el productor, no irás a...

—Andando, nena —la empujé con fuerza por la cintura.

Presentación al canto.

—El señor Curtis Talbot, un viejo amigo. El señor Barry Moore, mi productor.

Nos estrechamos las manos y noté la suya flácida y adiposa.

—Es un placer —mentí descaradamente.

—Celebro conocerle, Talbot.

—Tengo entendido que han estado ustedes en Egipto...

—Sí, sí, rodando los exteriores de mi primera película como productor.

—¡Ah...! Perfecto, perfecto.

Hablamos de cosas sin importancia en las que yo trataba de

encontrar algo de importancia.

Fui separado del barrigudo productor por la propietaria del *bungalow*, Sheila Broders, y tres mujeres más. Las otras tres diosas de la película. La que hacía de Neftis, bastante descaradota ella, me besó, sin yo esperarlo, en la boca.

Y dijo:

—Te hemos nombrado el hombre más guapo de la fiesta.

—¡Vaya, chicas...! Estoy de moda, ¿eh?

—¡Pero...! ¿Dónde diablos está Oscar Allden? —inquirió otra voz masculina, alzándose por encima de todas las demás.

Me enteré luego de que era el co-productor de la película.

—¡No te preocupes, Sanzio! —le respondieron—. Se habrá retrasado.

Las chicas siguieron con lo del nombramiento de «míster velada».

Uno se encargó de poner música movida.

Bailé con una de las diosas.

El próximo disco aún fue más movido.

De esta forma, el *whisky* que tragaban como esponjas, se iba agitando en el interior de los estómagos como si fueran cocteleras humanas, precipitando o anticipando, que viene a ser lo mismo, los efectos del alcohol.

Frenesí.

La debacle.

Alrededor de las dos, como yo le indicara a Nora en mi despacho, la cosa tomó caracteres de orgía.

Bacanal.

Chaquetas por aquí, jerséis por allá, otras prendas por acullá...

Por el rabillo del ojo, discretamente, observé con qué maestría y cautela estaba mi secretaria empezando a desempeñar su «tarea».

«Un ¡hurra! por Nora...», me dije *in mente*.

La algarabía.

El bullicio.

La orgía.

El frenesí.

La debacle.

Hasta la música...

¡Todo quedó roto, truncado, como hecho pedazos muy pequeños, cuando se oyó el grito infrahumano, el alarido enloquecedor cuyo eco trepidó contra las paredes del *bungalow*!

—¡AAAAh! —Y tras él—: ¡Socorroooo! ¡Está muertooo!

Yo, que era de los pocos que estaba sobrio, me precipité el primero hacia el exterior.

El eco de los gritos me guió.

Hasta el tronco de una palmera en donde estaba apoyada una muchacha, dilatados los ojos por el terror, abierta la boca, arañándose la garganta con ambas manos.

En el suelo estaba la «causa».

El co-productor de «Barry Moore Associate Productions».

Decúbito supino.

¡Con tres pirámides de agudísima y afilada cúspide metálica clavadas en el tórax!

Nora y Cynthia, sobrias también, es obvio, llegaron inmediatamente tras de mí y no pude evitar que contemplaran el espectáculo.

—¡Francesco Sanzio...! —gritó Cynthia—. ¡Dios Santo! ¡Si hace unos minutos estaba bebiendo y charlando conmigo!

Nora, conteniendo su pánico, me dijo al oído:

—Es... es... es de los que llevaban tarjeta. Por su pantalón identifico la americana...

—Calla ahora —le dije.

Empezaban a salir los demás.

Pero me impuse, un tanto por la fuerza, evitando el arremolinamiento de aquella pandilla de semi-borrachos o borrachos completos, alrededor del cadáver.

Barry Moore, que tampoco parecía haber abusado demasiado del alcohol, musitó cerca de mí:

—¡Parece imposible! ¿Por qué un crimen así? ¡Pobre Sanzio!

—Quédese aquí, señor Moore —le dije autoritario—. Y que nadie se acerque al cadáver, ¿entendido? Voy a avisar a la policía.

Vinieron los de siempre.

Mejor dicho, los que yo siempre llamaba.

A excepción del forense, que esta vez era otro y no tenía cara de búho.

Cuando hubo terminado de examinar el cadáver, se vino hacia dónde estábamos el teniente Rogert, el sargento Coleman, el fiscal Gable, Barry Moore y yo.

Le dijo al teniente:

—Ese hombre ha sido narcotizado antes de morir.

¡Eran las mismas palabras pronunciadas por el otro forense al examinar el cadáver de Oscar Allden!

Esta vez no le pregunté si estaba seguro.

El larguirucho y pelirrojo teniente intercambié conmigo una significativa mirada.

Y el fiscal intervino para decir:

—Me temo, Talbot, que esta vez no vamos a poder ocultarlo a la Prensa y opinión pública... —Acompañó sus palabras de una mirada elocuente a todos los reunidos dentro del *bungalow*, la mayoría de los cuales estaban siendo interrogados por los subalternos de Maxwell Rogert.

—Y yo me temo que tienes razón, Gable —admití.

Una vez los peritos en dactiloscopia y los del laboratorio hubieron concluido su rutinaria misión, fue levantado el cadáver.

El teniente Rogert advirtió a los concurrentes de que ninguno de ellos podía abandonar Miami sin permiso de la Brigada de Homicidios.

—¿Qué piensas ahora, Curtis? —me preguntó a mí.

—Te contestaré cuando vea dónde han quedado impresas unas rayas en tiza roja o azul.

Se quedó boquiabierto.

Y así lo dejé para ir en busca de Nora y Cynthia.

—Además del muerto... esos dos —mi secretaria me señaló los individuos a quienes había rayado con yeso la americana.

Uno... ¡era Barry Moore!

Por el otro, me interesé preguntándoselo a Cynthia. Que me respondió:

—Es Erle Fraley, el director de la película.

El teniente Maxwell Rogert dijo en voz alta que ya podían retirarse a sus domicilios.

Yo fui de los primeros en acatar la orden de la autoridad, llevándome a Nora y Cynthia.

Dentro del «Alfa Romeo» y rumbo al centro de Miami, le

pregunté a la *première* estelar del trágico film que estaba resultando ser *La Geometría del Terror*:

—¿Sabes el domicilio de Barry Moore?

Se movió la cabeza le Cynthia afirmativamente.

—Creo recordar que es en el 174 de la Tennessee Road... ¡sí, esquina con South Dixie Highway!

No hice ningún comentario.

No les anticipé a ninguna de las dos que en aquel domicilio quizá encontraría aquella misma noche la clave del... volumen de la muerte.

Dejé primero a Cynthia y luego a Nora.

De esta última pude despedirme con las ganas que tenía de despedirme de ella.

¡Besándola con largueza!

CAPÍTULO 9

Como los buenos jugadores, sí señor.

Iba a jugar aquella partida de mortal geometría a una sola carta.
Una.

Detuve el velocísimo «Alfa Romeo» frente al 174 de la Tennessee Road.

En efecto, como había dicho Cynthia, en el cruce con South Dixie Highway.

Consulté el reloj y me dio secas y peladas las cuatro treinta de la madrugada.

¡Segunda nochecita que me tiraba sin dormir!

Pero ésta, posiblemente, podía resultar más provechosa que la anterior. Entre otras razones, porque yo...

Sospechaba la identidad del piramidal asesino.

A tales horas, lógico, el portal de la calle estaba cerrado.

Del interior de la chaqueta saqué un estuche extraplano que contenía varias herramientas de precisión, de «caco» con licencia, y tras asegurarme de que nadie advertía mi maniobra forcé la cerradura.

El vestíbulo estaba como boca de cien lobos.

Me serví de una pequeña linterna sorda.

Y por medio de los buzones adosados a cada lado de la pared del vestíbulo me enteré de que Barry Moore y señora vivían en la planta séptima letra k.

Sin preocuparme de si el portero podía o no despertarse, usé el elevador.

Apretón de botoncito.

Y a la planta séptima.

Puerta k.

Oprimí el zumbador con insistencia.

Aunque Barry Moore no podía hacer mucho rato que llegara,

debía de estar ya entre sábanas.

Oí el roce de unas chancletas sobre el piso.

Una voz ronca preguntó:

—¿Quién llama?

—¡Policía! —mentí con aplomo en dura exclamación.

Se descorrió un cerrojo.

Se dio vuelta a una llave.

Se abrió la puerta.

Asomó una cara larga y chupada que pertenecía sin duda a un miembro de la servidumbre.

Con ojos soñolientos, cejas arqueadas, inquirió:

—¿Ha dicho... policía?

—Eso, sí. Pero es mentira. Me quedé solamente en detective privado...

Quiso cerrar la puerta precipitadamente.

Le metí tal empujón que se fue pasillo adentro, trastabillando, hasta chocar con una consola derribando un florero y una figurilla de porcelana.

¡Crrrras!

En el silencio de la noche el estrépito vio aumentado su eco.

Se abrió una puerta de las que daban al corredor.

—¿Qué diablos...? —preguntó el dueño de la casa. Y al percatarse de mi presencia, puesto que yo ya había entrado y cerrado, preguntó de nuevo y desabridamente—: ¿Qué diablos está usted haciendo en mi casa, Talbot? ¿Es usted el causante de... de...?

—¡Ahá! —Le sonreí burlón—. Soy el causante de que su fámulo haya causado tanto ruido. Disculpe. ¡Ah! estoy aquí porque Cynthia Hobson, al presentarnos, ha olvidado decirle que soy detective privado... y millonario.

—¡Pero qué chantres está diciendo! ¿Se ha vuelto loco? ¡Después de la muerte de Sanzio aún...!

—Por eso estoy aquí también, amigo Moore. Para que usted me explique el porqué del asesinato de Francesco Sanzio.

El barrigudo y adiposo productor se congestionó.

—¿Está usted insinuando...?

—No insinúo nada. Pero... ¿por qué no pasamos a su despacho y charlaremos más cómodamente?

—¡No tengo nada que challar con usted!

Avancé hasta él.

Le «zumbé» un mamporro de diestra en sus morros de puerco.

Rebotó en la pared.

—¿Hablamos o no, Moore?

Por la misma puerta que él asomó ahora una mujer.

—¿Qué ocurre, Barry?

Di la vuelta para mirarla y le pregunté:

—¿Es usted su esposa?

—Me llamo Mildred Glowde de Moore —repuso ella con dignidad

—. ¿Y usted, que entra en casa apenas avasallando quién es?

—Curtis Talbot. Detective privado. He venido a hablar con su esposo de algo muy interesante... e incluso me parece conveniente que usted se halle presente en nuestra conversación —me volví hacia el puerco del productor, ordenando—: ¡A su despacho, Moore!

Le ayudé con un empujón.

Rezongó alguna palabrota por lo bajo, pero no quise escucharle.

El despacho.

Lujoso.

Bien amueblado.

Con pesados y tupidos cortinajes.

Moore y yo nos sentamos uno a cada lado de la mesa.

Su esposa lo hizo a mi izquierda.

Como es mi costumbre, sin rodeos, le metí la tarjeta de los volúmenes debajo de su chata nariz, inquiriendo:

—¿No es verdad que usted ha recibido otra de igual?

Lo mismo que Erle Fraley, y que Francesco Sanzio, ¿no es verdad?

Se puso lívido.

—No...

—¡Basta! —Trallé—. ¡Estoy cansado de gente que niega evidencias! Le voy a dar quince segundos para que lo piense, Moore. Si se niega, telefonearé desde aquí mismo a la policía. Y se verá usted acusado del asesinato de Francesco Sanzio y de Oscar Allden.

Casi brincó de la silla.

—¡No puede ser! ¡Oscar no puede estar muerto!

—Pues lo está, amigo Moore, lo está. Porque he visto su cadáver

con mis propios ojos. Lo asesinaron ayer, en el apartamento de Cynthia Hobson, igual que hoy a Francesco Sanzio. Y ahora, por última vez, ¿ha recibido o no una tarjeta como ésta? Yo sé que sí... porque alguien ha registrado su chaqueta esta noche. Es inútil, negar es inútil.

Se dejó ir hacia el fondo de la butaca, abatido.

—Sí... la tengo.

—Correcto. Ahora, Moore, la verdad. La verdad del porqué de ese viaje a Egipto cubierto con las apariencias de rodar unos exteriores de ese film...

—Esmeraldas —dijo, seco, interrumpiéndose—. Medio millón de dólares en esmeraldas. ¡Ahí tiene el verdadero motivo del viaje!

No me sorprendió demasiado, la verdad.

—Explíquese mejor —le pedí.

Sudaba. Y sus carnes flácidas, mantecosas, tenían un brillo grasiento.

Dijo con la cabeza inclinada:

—Hace años, Erle Fraley, Francesco Sanzio y yo, cometimos un robo en una mina de diamantes y esmeraldas en Leopoldville, cuando el Congo todavía pertenecía a Bélgica. Ante la imposibilidad de cargar con el botín, lo ocultamos, regresando a Estados Unidos para pensar detenidamente en la forma de traernos el alijo. Concebimos y descartamos centenares de proyectos. Hasta que hace un año... se me ocurrió el de la productora de cine. Pero había que hacerlo bien, así que, pusimos manos a la obra, fundamos la «Barry Moore & Co.

Associate Productions», contratamos actores, actrices, guionistas... precisamente guionistas en busca de un argumento que transcurriera en cualquier parte de África.

—Y ése fue el de Oscar Allden —agregué yo ante su pausa.

—Sí, el de Allden. A quien enteramos de la verdad... porque nos interesaba, porque necesitábamos un pobre diablo como él de quien no se pudiera sospechar ni el haber matado una mosca.

»Para toda una troupe cinematográfica iba a resultar sencillo sacar de África los diamantes y esmeraldas. Así fue... ha sido así. Y al llegar a Estados Unidos es cuando Allden nos era de utilidad. Con su mismo nombre o uno cualquiera alquilaba dos cajas de seguridad en dos estaciones distintas del subway y escondía el

alijo hasta que encontrásemos el comprador o compradores.

»Así lo hizo ayer, cuando llegamos. Pero luego no fue al lugar en donde Sanzio, Fraley y yo, le esperábamos. Ahora ya sé por qué no acudió».

Silencio.

Yo dije:

—La muerte de Allden demuestra, sin duda, que alguien más sabe lo de las esmeraldas. Y ese alguien lo asesinó en busca de los recibos y las llaves de las cajas de alquiler. Y esta noche ha repetido la operación con Sanzio porque no encontró lo que buscaba en el cadáver de Allden y supone que lo tiene... ahora usted o Erle Fraley.

—¡Le he dicho la verdad, Talbot!

—Lo sé, lo sé, Moore. Y además de decirme la verdad... ha confirmado usted mis sospechas acerca de la identidad del asesino.

Dio otro brinco.

—¡Usted...! ¿Lo sabe?

—Sí. Pero ello no le libraré a usted de pagar por el robo que cometió en Leopoldville.

Se anonadó de nuevo.

Como lo estaba su esposa luego de haber escuchado aquella historia.

Poniéndome en pie dije:

—Es inútil que trate de huir, Moore. La policía lo atrapará antes de que logre salir de Miami.

Y sin tan siquiera despedirme, salí del despacho.

En el pasillo me tropecé con el criado aún medio atontado.

A la calle.

Desde la primera cabina telefónica con que me tropecé hice una llamada.

Al domicilio particular del teniente Maxwell Rogert de la Brigada de Homicidios.

—¡Maldita sea! —exclamó al oír mi voz—. ¿Es que te has empeñado en no dejarme dormir ninguna noche? ¿A quién han matado ahora? ¿Dónde?

—Frío —me burlé—. No han matado a nadie. Pero te vas a poner en movimiento de todas formas.

—¡Y un cuerno!

—Maxwell, Maxwell... si eres malo, haré que te cuelguen la chaqueta. Y además, no te entregaré en bandeja de plata al... al asesino de Oscar Allden y Francesco Sanzio.

—¡Quééé!

Con aquel grito debió saltar de la cama.

—Lo que has oído. Pero primero a moverse.

—¿Qué hay que hacer? —inquirió ávido y convencido.

—Encontrar dos cajas de alquiler en distintas estaciones del *subway*, que fueron alquiladas sobre las siete de la tarde de ayer por alguien que se hizo llamar Oscar Allden o bien Octavio Avernon. Cuando des con ellas, ábre las. ¡Menuda sorpresa te vas a llevar!

—¡Tú me vas a volver loco, Talbot! Pero haré lo que dices. ¿Y luego?

—Me llamas a mi apartamento y nos iremos juntos a visitar al asesino. ¿Te parece bien?

—¿Y si escapa?

—¡Ca...! Está muy lejos de sospechar que yo sospecha su identidad.

Y colgué.

Salí de la cabina.

—Estás equivocado, Curtis Talbot. He sospechado que sospechabas de mí. Te he estado siguiendo desde que salimos... desde que me has dejado a la puerta de mi apartamento.

Me quedé inmóvil.

Porque sabía que me estaba apuntando con una pistola.

Ella.

CAPÍTULO 10

Ella.

Precisamente... ella.

La mujer a quien por salvarle la vida me había metido en el asunto hasta las orejas.

¡Cynthia Hobson!

Ella.

—Vamos a tu coche —me ordenó, aplastando el cañón de la automática que empuñaba contra mis riñones. Y advirtió con fría ominosidad—: No hagas ninguna tontería, Curtis. Con la misma vehemencia que te he besado muchas veces... te acribillaré.

—No hace falta que lo jures, prenda. Te creo. ¡Ah...! ¿Has traído las pirámides para clavármelas después de drogarme?

—No. A ti te liquidaré de un balazo para que no asocien tú muerte con Las de Allden y Sanzio.

—¡Qué previsor, eres, querida!

Me empujó con el cañón de la pistola al interior de mi rampante escarlata «Alfa Romeo-Giulia GT».

Tomó asiento a mi lado.

Sin dejar de meterme la automática contra el costillaje, volvió advertirme:

—Conduce despacio, Curtis. En cuanto vea que la aguja rebasa los

40 km

/h, apretaré el gatillo, ¿entiendes?

—Correcto. ¿Y hacia dónde conduzco?

—Hacia Sunny Isles. Tu auto... se precipitará a las aguas del Atlántico cuando tú ya estés muerto.

—O. K. —dije burlón, manteniendo una serenidad que no tenía más objeto que desconcertar a la asesina con quien tantas horas de amor había compartido.

Puse el auto en marcha.

Y previsor, no permití que la aguja rebasara los 30 kilómetros por hora.

—¿Cómo sospechaste de mí, pesquisa?

—Mira... —repuse, sin descuidar mi atención del volante—, para ser que tengo veinte individuos trabajando por mí y no estar yo en activo, he resultado ser un excelente eso: Pesquisa. ¿Quieres; que te explique la historia desde el principio?

—Creo que desde aquí a Sunny Isles —me respondió con pérfida y sádica sonrisa—, yendo a 30 tenemos tiempo de que lo hagas. Empieza, Sherlock Holmes.

—*Okay*, querida. Todo empezó con un pobre desgraciado de nombre Oscar Alien, cuyo guion cinematográfico fue elegido por el hecho de transcurrir en África y por el hecho de que cuatro ladrones necesitaban traerse de allí medio millón de dólares en diamantes y esmeraldas que habían robado años atrás... y que en su día no pudieron traer. Para eso, al cabo de mucho tiempo, se les ocurrió organizar la farsa de la productora cinematográfica. Y elegir el guion de Allden por las razones que ya sabes. Pero además, como necesitaban de alguien que no pudiera ser sospechoso, eligieron también al pobre guionista para que ocultase el alijo una vez de regreso a Estados Unidos, prometiéndole una parte de él, el cual escondería en dos cajas de alquiler de distintas estaciones del *subway*.

»Pero no contaron con que el pobre Allden no había visto el mundo, lo que se dice por un “agujero”. No contaron con que se enamorara locamente de la *première* estelar del film y fuera a contarle lo que ellos le habían propuesto.

Hice una pausa, inquiriendo con sorna:

—¿Voy bien, querida?

—Perfectamente, amor. Pero sigue, me tienes intrigadísima.

—Correcto. Cómo te decía, Oscar Allden le contó a la explosiva y cautivadora Cynthia Hobson lo del medio millón de dólares en piedras preciosas que bajo la «pantalla» del rodaje de unos exteriores de la película iban a trasladar desde África a Estados Unidos. Y ella, ambiciosa, cruel, consciente del loco amor que Allden le profesaba, lo incitó con entregas de pasión a que hiciera una jugada perfecta quedándose él con todo el alijo... y

compartiéndolo con ella en cualquier parte del mundo.

»Allden, hombre ignorante de la perfidia que puede anidar en el interior de una mujer exteriormente muy bella, “picó”.

»De regreso, hizo cuánto los otros le habían ordenado. Luego, se fue a ver a su “doncella” para decirle que todo estaba preparado. Pero... demostró un único chispazo de inteligencia no llevando encima ni las llaves ni los resguardos de la caja o cajas de alquiler donde había ocultado el alijo.

Hice una intencionada pausa, y proseguí al cabo de unos segundos:

—Pero tú, que no sospechabas ni remotamente que él pudiera tener aquel atisbo de desconfianza hacia ti, de acuerdo con el plan que ya te habías trazado, lo drogaste. ¿Por qué? Porque él, pese a todo era hombre, y tenía más fuerza. Sin la droga, no podrías clavarle las tres pirámides que él mismo había encargado fabricar, al igual que las tarjetas, y que te había dado a ti para que las ocultaras. Eso, Cynthia, fue lo primero que me hizo sospechar.

—¿Por qué?

—Porque a un hombre drogado hay que llevarlo a rastras. Y en tu apartamento no había huellas que lo significaran. Por tanto... lo habías narcotizado tú. Pero... ¡oh, terrible desilusión, cuando registraste su cadáver sin encontrar las llaves y los resguardos! Entonces, supusiste que los tenían Barry Moore, Francesco Sanzio, o Erle Fraley, a quienes previamente y dentro de tu plan, el propio Oscar les había colocado las tarjetas en los bolsillos de sus americanas aprovechando cualquier descuido. Por tanto, tenías que seguir matando hasta encontrar las malditas llaves. Y esta noche, al asesinar a Sanzio, cometiste tu segundo error.

—¿Cuál? —Se mostró ahora intrigada.

—Voy a repetirte textualmente lo que has dicho al llegar junto al cadáver: «¡Dios Santo! ¡Si hace unos minutos estaba bebiendo y charlando conmigo!». ¿Has oído la palabra bebiendo? Pues tú fuiste la única que dispuso del momento oportuno para echar el narcótico en su bebida. Pero hay algo, algo más, que es lo que verdaderamente me ha conducido a la identidad del asesino... a tu identidad, Cynthia Hobson.

—¡Ah...! ¿Sí? ¿Qué algo, Perry Masón?

—La misiva que me enviaste amenazándome. Esa misiva tuvo

que ser echada antes de las diez de la noche, hora en que el portal queda cerrado. Y antes de las diez de la noche... sólo tú sabías que yo iba a intervenir en el asunto, puesto que entraba en tus cálculos pedirme ayuda para mejor fingir tu inocencia.

—¡Bravo, bravo! —Aplaudió con sadismo, hundiendo más fuerte el cañón de la pistola contra mis riñones.

Estábamos llegando frente a los acantilados de Sunny Isles.

—¡Detente, Curtis! —me ordenó.

Hice como que levantaba el pie del gas para pisar el freno.

Sólo hice...

Porque en realidad... lo hundí a fondo en el acelerador.

Al tiempo que abriendo la portezuela saltaba de un brinco fenomenal rodando por tierra entre riscos y peñascos.

—¡¡¡Aaaahhh!!!

Quedé colgando, balanceándome, frente a las aguas del océano.

Vi cómo se engullían el rampante «Alfa Romeo».

Oí aquel grito enervante, horrendo, que durante mucho tiempo quedó clavado en mis tímpanos como un eco viviente.

Luego, despacio, sacudiéndome las ropas, me levanté. Asunto terminado.

Aquel asunto en el que me había metido hasta las orejas por salvar a la mujer que... ¡que acababa de matar!

—La vida... —susurré, tratando de convencerme de que era mejor así.

Mejor que terminar en la cámara del oxígeno viciado.

CAPÍTULO 11

Entré en mi despacho de muy mal talante.

¡Dos noches sin pegar un ojo!

Pero fue bueno el «meneo» que le pagué a la botella de Johnnie Walker.

Acabar de limpiarme los morros y escuchar a Nora diciendo por el interfono:

—Tienes al teniente Rogert en la uno.

Atrapé el auricular.

—¿Qué hay buitre?

—¡Hemos encontrado medio millón de dólares en diamantes y esmeraldas!

—¡Ah...! ¿Sí? —me burlé—. ¡No me digas! De veras que no te consideraba tan inteligente.

—¿Y el asesino, Curtis? ¡Me dijiste...!

—De eso hablaremos en otro rato, polizonte. Ahora encárgate de detener a Barry Moore y Erle Fraley acusándoles del robo y tráfico clandestino de esas piedras preciosas.

—¡Pero...!

—¡Good-bye!

Clic.

Corté la comunicación.

Hice funcionar el interfono, diciendo:

—*Miss Trevor...*

A Nora debió causarle profunda extrañeza que de pronto la tratara con tanta fría profesionalidad, porque tardó en responder:

—Di... dígame, míster Talbot.

—¡Prepare inmediatamente sus maletas porque salimos de viaje!

—¿De... viaje, míster Talbot?

—¡Sí, de viaje, *miss Trevor*! ¿O acaso no van de viaje de luna de miel los novios después de casarse?

—¡Curtis, cariño, al fin...!
Sí, como todas.
¡Al fin me había «cazado»!
Pues al...

FIN



¿Está Usted realmente satisfecho de su figura?

¿Quiere Usted mejorar su salud, su fuerza y su vitalidad?

Ahora puede Usted llegar a ser el hombre fuerte de musculatura dinámica que siempre ha deseado. Todo lo que Usted necesita son 15 minutos diarios para conseguir el triunfo en cualquier deporte. la fuerza física, el desarrollo atlético, una salud de hierro, agilidad de movimientos, resistencia a la fatiga, seguridad en sí mismo, una musculatura espectacular.

**¡Sin moverse de su casa!
¡En sus horas libres!**

GRATIS
para Usted
el tensor P-FLEX

**UNICO CURSO EN ESPAÑA
CON DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS**

Jean-Christian Rodrigo

Premios:

• Plus Bel Apollon d'Europe 1958.

• Monsieur Europe 1960.

- Inglés
- Francés
- Alemán
- Italiano
- Correspondencia comercial inglesa
- Correspondencia comercial francesa
- Contabilidad
- Cálculo
- Reforma de Letra
- Ortografía
- Taquigrafía
- Cultura General
- Conversación inglesa

Instituto INTER

Apartado 1164 - Sec. F-232

Barcelona

Gimnasia Atlético (Masculina)

Gimnasia Rítmica (Femenina)

Envíe este boletín hoy mismo.

La remitiremos a vuelta de correo una revista ilustrada informativa, con fotografías gratis y sin compromiso!

AYUDE A UN AMIGO

Tiremos el nombre de alguno de sus amigos que desea un portento mejor y le mandaremos informes.

CURSO

Nombre..... Edad.....

Dirección.....

Dist. Postal..... Provincia.....

Instituto INTER - Sec. F-232 - Apartado 1164 - BARCELONA - España

PARA USAR

Se. Director:

DADO y sin compromiso de mi parte, solicito caritativa información sobre el curso que le indica a continuación

CURSO que me interesa

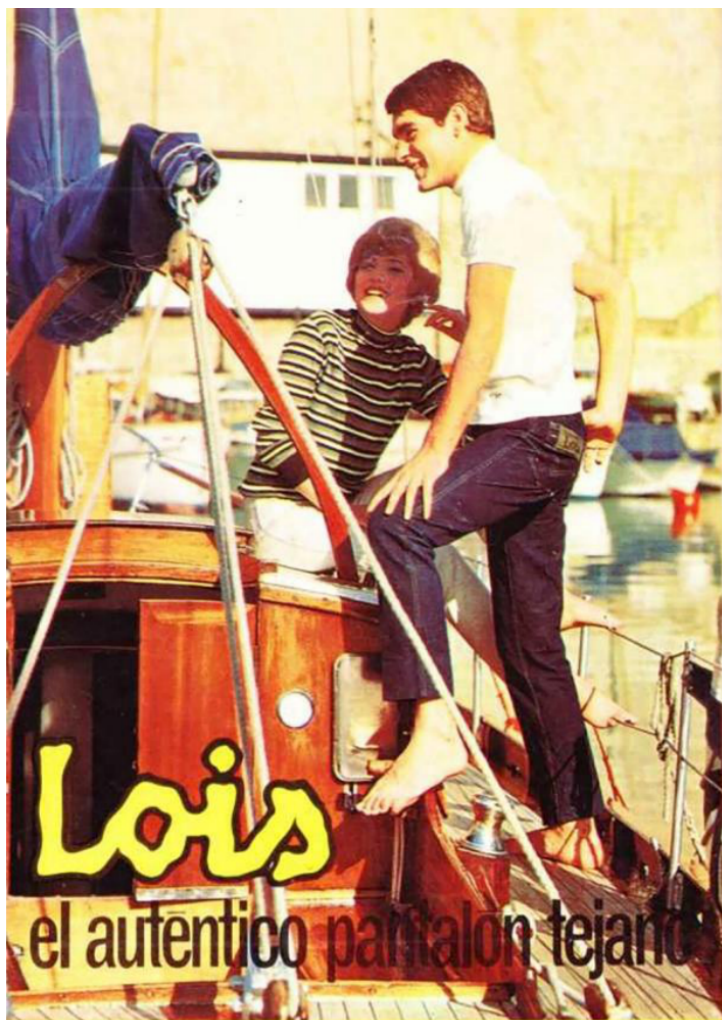
Nombre..... Edad.....

Dirección.....

Dist. Postal..... Provincia.....

Deposito de Usted que la información llegue a su poder, ESTIMO QUE QUERRÁ.

Instituto INTER - Sec. F-232 - Apartado 1164 - BARCELONA - España



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Mitología egipcia. Amenti, diosa de los muertos o «Dama de Occidente», llamada así porque se consideraba que la región de los muertos estaba en occidente. Es la misma diosa madre Hathor, con diferente nombre, con el fin de distinguirla en este tipo concreto de invocación. < <

[2] Hathor, conserva casi todos los atributos de la diosa madre de la mitología egipcia. Representada por una vaca, es la diosa de la fecundidad total, siendo por tanto diosa-cielo y diosa-tierra. Con el título de «Dama del Sicómoro» y representada por un árbol de la vida es la diosa del amor. Es también la diosa de la guerra. < <

[3] Neftis, hermana de Isis y esposa de Shet, había heredado de la diosa madre muchos de sus dones. Era diosa del cielo, de la fecundidad y del amor. Tiene importante relación con el mito de Osiris. < <

[4] Mut, «la madre», era considerada aun en la época dinástica como la diosa madre de Tebas. Representada por el buitre, era la diosa del cielo y de la guerra y se la consideraba como la personificación de la fecundidad de las aguas del Nilo, fuente esencial de vida en Egipto. < <

[5] Fiscal. < <